

## **SEMINARIO DE HISTORIA**

Dpto. de Hª Social y del Pensamiento Político, UNED  
Dpto. de Hª del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, UCM  
Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón

Curso 2013-2014  
Documento de trabajo 2013/7

### **CASARES QUIROGA Y EL 18 DE JULIO. ¿HISTORIA O MEMORIA?**

**Emilio Grandío Seoane**  
(Universidade de Santiago de Compostela)

**SESIÓN: JUEVES, 14 DE NOVIEMBRE, 19 H.**

Lugar: Biblioteca  
Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset  
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto: [seminariodehistoria@gmail.com](mailto:seminariodehistoria@gmail.com)

## Casares Quiroga y el 18 de julio. ¿Historia o memoria?

**Emilio Grandío Seoane**

*Si se levantan en Marruecos, yo me voy a dormir.*

Esta frase que hemos escuchado tantas veces resume de manera autocomplaciente el destino de un pasado en el que nosotros jugamos con ventaja, pues conocemos el final: una guerra civil dramáticamente cruel de tres años y el inicio de una Dictadura militar que permaneció durante casi cuarenta. Una frase complaciente para los detractores de aquel Gobierno republicano del Frente Popular, que tuvieron en la imagen de desidia del personaje Casares Quiroga el perfecto ejemplo de una República débil y apática, reafirmando el discurso de la necesidad de un poder fuerte y de orden<sup>1</sup>; pero que también resultó útil para buena parte de los sectores que defendieron la democracia republicana, que achacaron en exclusiva a la actitud personal del jefe de Gabinete republicano la extensión durante ese fin de semana del reguero de la sublevación; así como para los grupos obreristas, que demandaban de manera insistente la ejecución de medidas mucho más firmes y rotundas desde días antes.

Este artículo no busca ser una hagiografía de Casares Quiroga y sus actitudes y comportamientos en esos momentos cruciales, sino que pretende reconstruir las voces y los testimonios de aquellas horas, insertando al jefe de Gabinete del 17 de julio de 1936 en su contexto. Porque, si bien hay momentos en el pasado de las sociedades en los que elementos circunstanciales o coyunturales provocan rumbos inesperados en las mismas, no es menos cierto que esos momentos concretos se sitúan en espacios temporales, en percepciones individuales y de grupo concretas, que no se crean en cuestión de horas o días, sino en un proceso a medio o largo plazo. De manera consecuente con ello, es necesario estudiar estos hechos puntuales teniendo en cuenta su presente concreto pero, sobre todo, las experiencias del pasado que permiten adoptar determinadas decisiones.

El coro de voces que se articuló y desarrolló desde el verano de 1936 en torno al hecho de la supuesta ‘desidia’ de Casares y su ‘dimisión’ inmediata tras conocer los primeros movimientos insurreccionales en los cuarteles ha sido enorme durante ya cerca de tres cuartos de siglo. Se ha asumido esta versión como la real, como la más exacta. Pero lo cierto es que no hay ninguna prueba efectiva, ninguna acción ejecutada más allá de las opiniones personales que apoye esta

---

<sup>1</sup> El 27 de julio de 1938 Portela Valladares comió con Marcelino Domingo, Augusto Barcia y Martínez Barrio. Una parte importante de la conversación versó sobre el 18 de julio y anotó lo siguiente:

*Siento –comenzando la retrospectiva– que los grandes responsables del 18 de julio, fueron dos gallegos, Casares y Calvo Sotelo. Todos asienten, y siento aliviada conciencia. Calvo Sotelo, comentan, era un deshonesto y Casares, un superficial, un inepto;* Portela Valladares, M., (1988), *Dietario de dos guerras*, Alianza Editorial, Madrid, p. 133.

versión de manera distinta a las acciones similares que llevó a cabo Casares Quiroga como Ministro de Gobernación apenas cuatro años antes, en la intentona golpista del General Sanjurjo de agosto de 1932. Nadie postuló entonces esa visión de un Casares cobarde. Su imagen era, incluso, la contraria, pues se presentó como el único miembro de aquel Gabinete que defendió la aplicación taxativa de la pena de muerte para este tipo de delitos y, por tanto, también para Sanjurjo. Evidentemente, entre ambos momentos existen diferencias considerables –tiempos políticos distintos, distinto carácter de la sublevación...-, sobre todo una que resulta decisiva para el tema que nos ocupa: el intento de 1932 fracasó.

Setenta y cinco años después no nos debería llegar una explicación tópica, por mucho que se haya repetido, de aquellos hechos, precisamente por su magnitud y trascendencia posterior. Pero reconstruir aquel instante no es fácil. Nos encontramos de salida con un ‘handicap’ notable: así como la mayoría de los dirigentes republicanos de aquellos años fueron publicando sus memorias y sus opiniones de aquellos momentos, intentando aportar su granito de arena a las causas y porqués de la corta duración del sistema republicano, Casares no lo hizo. Sus razones aún permanecen en el silencio, una actitud en la que, sin duda, tuvo mucho que ver la retención de su hija y su nieta en A Coruña tras el 18 de julio. Una situación que se mantenía cuando murió en París en 1950. Sin embargo, hasta esta ausencia de su versión se ha leído en clave de fracaso: Casares no escribió memorias consciente de la magnitud de sus errores. Y aunque también pudo ser así, no creo que sea justo afirmar algo cuando no tenemos pruebas suficientes para hacerlo. Precisamente por esta razón, puede haber otras versiones.

### **1. El papel de Casares tras la derrota electoral de noviembre de 1933. Izquierda Republicana y el Frente Popular.**

Iniciamos nuestro discurso a medio plazo para entender los posicionamientos de aquel 18 de julio tras la derrota electoral de los republicanos en las elecciones de noviembre de 1933. Una derrota que supuso un auténtico mazazo para los políticos del proyecto republicano burgués progresista que había protagonizado la creación del nuevo régimen en abril de 1931. Y es que entre todas las circunstancias que afectaron e influyeron en su percepción de aquel presente político y que determinaría sus acciones futuras en los dos años siguientes, ninguna tuvo tanto peso como el fracaso de sus candidaturas en estos comicios. Tras ellos, Acción Republicana, el partido del Presidente de Gobierno Manuel Azaña, contaba únicamente con cinco escaños en el nuevo Parlamento. De las demás formaciones similares, sólo el Partido Republicano Gallego (PRG), obtuvo más escaños: seis, el último de los cuales, precisamente el de su líder, Casares, no se confirmó hasta varios días después. Números insuficientes para hacer una oposición parlamentaria

eficaz al nuevo Gabinete del Partido Republicano Radical, que contaba con el apoyo de la católica CEDA. Y sin tener en cuenta el altísimo fondo de votos del PSOE, que aunque había perdido muchos escaños desde su perspectiva de 1931, seguía teniendo una base muy firme. La sensación de derrota de los republicanos burgueses, por tanto, fue mayor, pues, más allá de la pérdida de escaños, se habían quedado sin el principal altavoz de sus propuestas: el Parlamento. Como grupo de elites, carecían de los recursos del PSOE, a los que su base sindical permitía la movilización constante en las calles. Su principal valor, la dialéctica parlamentaria, su presencia de incidir en el cambio social, prácticamente había desaparecido.

La nueva situación obligaba a estos partidos a situarse a rebufo de lo que en aquellos años se reconocía mayoritariamente como la ‘izquierda’, que no eran los grupos progresistas burgueses, sino las masas obreras y sindicales. Para poder tener algún tipo de incidencia en la sociedad, si se quería cambiar algo en aquel panorama, tenían que contar con ellas. Y mientras, permanecer detrás, esperando la oportunidad de cambiar la dirección de la República y moderar los extremismos de buena parte de los grupos sindicales. Su posición era de evidente inferioridad. Se habían quedado sin su principal plataforma de imagen social y ya no eran ellos los que marcaban la pauta política.

La rápida aceleración del discurso político cara un mayor radicalismo, tras la llegada al poder del NSDAP a Alemania y de la derecha católica de Dolfuss en Austria, empeoró su situación. La percepción de que las democracias parlamentarias de entreguerras habían llegado a su punto de máxima crisis era un hecho para buena parte de las masas obreras, que entendieron que había llegado el momento de la ‘revolución’. Pero de la suya, no de aquel mito construido de la ‘revolución incruenta’ de abril de 1931 que sólo gratificaba a las ‘templadas’ almas ‘burguesas’. La derecha se hizo eco de este discurso reafirmando su visión alarmista. Aquel sistema democrático no era el ‘natural’ para esta sociedad española y lo que había provocado esa situación había sido la debilidad frente a las actitudes de las masas obreras, por lo que era necesario incidir más que nunca en sus propuestas de cambio hacia un estado corporativo.

Por su parte, los grupos burgueses acometieron una ejecutoria de cierre de filas con la creación de un proyecto común que aglutinara a las distintas y variadas organizaciones burguesas y progresistas. En parte, el fracaso en la representatividad de estos grupos vino motivado por la competencia de una pluralidad de siglas en las circunscripciones electorales que hacían competir a candidaturas y grupos políticos muy semejantes dentro de las mismas provincias, limitando extraordinariamente su representación y causando una pérdida de votos notable. Desde esta necesidad nació Izquierda Republicana, que englobaba los proyectos de Manuel Azaña, Marcelino Domingo y Casares Quiroga en una única organización.

La nueva formación inició desde el primer momento un proceso de reorganización de la izquierda con la vista puesta en la siguiente convocatoria electoral que les permitiese retornar a sus puestos perdidos de privilegio. Al margen del discurso, sus intenciones no residían necesariamente en volver a la dirección del Gobierno, pero sí a una oposición parlamentaria eficaz. Para recuperar el nivel de votación, debía agrupar a toda la izquierda, desde los grupos nacionalistas periféricos hasta las organizaciones de base obrera, pero sobre todo, tenía que contar con el apoyo de las estructuras anarquistas y del PSOE-UGT. Había que sumar votos.

En gran medida, Casares Quiroga fue el encargado de esta estrategia. De hecho, si bien su etapa como Ministro de Gobernación durante los dos primeros años republicanos lo habían convertido en el enemigo número uno de las insurrecciones de la izquierda obrera, en el ‘espadón’ del Estado de derecho republicano<sup>2</sup>, actitudes como las tomadas respecto a la aplicación de las penas a los militares golpistas de 1932 le habían reafirmado como el dirigente republicano progresista más indicado para establecer conversaciones con los grupos obreros. Conversaciones de las que era buen conocedor el propio Gobierno que preparó el proceso electoral de febrero de 1936, dirigido por el también gallego Portela Valladares. Aunque en principio parecía que el propio Portela desestimaba la trascendencia que podían tener las mismas, estas le afectaron en la reducción de la consecución del espacio político de centro que él patrocinaba. Del mismo domingo electoral Portela indicaba así su percepción de este hecho, decisivo sin duda para el resultado final:

Al regresar al Ministerio después de la una me llama al teléfono el gobernador de Cádiz... para decirme que las buenas esperanzas que teníamos allí se desvanecían, pues acababa de saber que la F.A.I. y la C.N.T. acudían en masas compactas a los colegios para votar, naturalmente, por las izquierdas. La noticia era de gravedad suma. Sabíamos las negociaciones que Casares Quiroga llevaba con esta organización, y hasta se había publicado que les había prometido en caso de victoria libertades y tolerancias que asustaron a las gentes de paz<sup>3</sup>

El fracaso de la opción revolucionaria de octubre de 1934 reafirmó la vertiente de las urnas, la defendida por los grupos moderados. Tras el otoño y con la izquierda suspendida en sus funciones institucionales -desde el Parlamento hasta las corporaciones locales- y con sus medios de expresión prohibidos, numerosos de sus dirigentes encarcelados o deportados y sus centros sociales clausurados, se veía cada vez más factible que el del voto fuese el camino que permitiese a

---

<sup>2</sup> Esta opinión queda bien expresada en las memorias del socialista Juan Simeon Vidarte ante la propuesta de formar gobierno a Casares en la primavera de 1936:

*Fracasado Prieto todos nos pusimos a pensar en quién sería el encargado por Azaña de formar gobierno... Lo que a ninguno de nosotros se nos ocurrió es que el designado fuera Santiago Casares Quiroga, después de su fracaso durante las Cortes Constituyentes como ministro de la Gobernación; Vidarte, J.S.; (1977), *Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español*, Vol. 1, Grijalbo, Barcelona, pp. 126-127.*

<sup>3</sup> Portela Valladares, M.; (1988), *Memorias*, Alianza Editorial, p. 172.

la izquierda recuperar posiciones. De la misma manera que los republicanos burgueses siguieron los pasos de la izquierda obrera en el verano y el otoño de 1934, entonces fue al revés, en un intento de aprovechar los resquicios del Estado de Derecho para hacer frente a una transformación del Estado democrático en una República Corporativa.

No había opciones más factibles para las masas obreras: con la mano en la nariz, pero se votó al Frente Popular. Aunque previamente se había llegado a un pacto tácito de reparto de espacios de poder para la conformación de las candidaturas electorales del Frente Popular: la dirección del Estado republicano y sus instituciones, para los republicanos y socialistas moderados; el control de las calles y el mundo del trabajo, para los grupos obreros y sindicales. Reparto, que también incluía la inserción de otros grupos, como los nacionalistas, con otro tipo de demandas –en el caso del Partido Galeguista, la convocatoria del plebiscito, último paso para la aprobación de su Estatuto de Autonomía-, reafirmadas luego en los escasos cinco meses de gobierno del Frente Popular.

Contrariamente a lo que se podía suponer, la dialéctica del discurso de la plataforma electoral FP para estas elecciones se basaba en el pasado: la bandera electoral era el retorno de las reformas conseguidas en el primer bienio republicano. En la práctica era el retorno al poder para frenar las reformas contrarrevolucionarias de la CEDA con el apoyo del Bloque Nacional.

Y las elecciones se ganaron. Es bien conocida la existencia de varias tentativas al conocerse los primeros resultados de estas elecciones de presiones a Portela Valladares por parte de Gil Robles o de Francisco Franco, ofreciendo una situación interina de dictadura. Pero no lo es tanto la escasa voluntad de Azaña de tomar posesión de manera inmediata. Sólo la decisión rápida de Portela Valladares de dimitir el 19 de febrero y entregar de manera inmediata el poder a los nuevos vencedores en las urnas permitió este tránsito. Según declaraciones de Portela sobre conversaciones que mantuvo varios meses después con colaboradores suyos de aquel momento, la intención de Azaña era que aquel Gobierno se mantuviera un tiempo ya que el éxito electoral había sobrepasado sus expectativas:

Porque Casares había ofrecido públicamente a la F.A.I. dos días de desmanes contra los fascistas si daban sus votos al Frente Popular, y quería que fuese yo quien les sacara de tal encrucijada, poniéndose él en postura de amigo y defensor del pueblo. Todos los planes se vinieron al suelo con la rápida e inexorable dimisión<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Portela Valladares, M.; (1988), *Dietario de dos guerras*, Alianza Editorial, Madrid, págs. 83-84. A pesar de su nunca disimulada antipatía por el personaje histórico Casares Quiroga, sin embargo, de esta circunstancia no culpabiliza al coruñés, siendo muy duro en sus críticas al líder alcalaíno de IR:

*Quizá Azaña... fuese sincero, cosa difícil en este ateneísta; pero luego fue el Frente Popular, aliándose con anarquistas y comunistas a plena conciencia de que desataba una revolución y de que era él quien la creaba y la animaba. (Un pequeño demagogo que, como los chiquillos, se espantó de que se disparase la pistola que antes había cargado); idem, p. 171.*

Sobrepasado por las circunstancias o no, lo cierto es que la mayoría parlamentaria resultante de las elecciones determinaba un cambio de tendencia política, en el que tras el reparto establecido previamente en el FP, los republicanos progresistas moderados retornaron al poder, pero con un paisaje político bien distinto del de 1931. Para Casares Quiroga el proceso de aprobación de las actas gallegas, especialmente las de su provincia, en la que iba como candidato, resultó muy complicado. De hecho las actas de Coruña y las de Ourense –frente a frente, Casares Quiroga y Calvo Sotelo- fueron objeto de un intercambio que provocó momentos muy tensos en la Comisión parlamentaria encargada de aprobarlas<sup>5</sup>. El rol que jugaba Casares en la dirección orgánica de Izquierda Republicana lo convertía en imprescindible en el nuevo Parlamento<sup>6</sup>.

## **2. Casares, de Ministro a Jefe de Gabinete.**

La tercera legislatura de las Cortes Republicanas se inició con numerosos problemas: una presión constante por parte de la derecha en los últimos meses de 1935 y primeros de 1936 por mantener el poder en situación de alerta institucional; una campaña electoral iniciada casi cuatro meses antes en la que se llegó a niveles máximos de confrontación dialéctica; una ‘huida’ en forma de dimisión del Jefe de Gabinete que había convocado las elecciones... Pero desde el plano institucional el mayor problema era la designación de un nuevo Presidente de la República tras agotar las posibilidades de disolución de Cortes del mandato constitucional en Alcalá Zamora. Era evidente que el bando que ganara las elecciones iba a designar a su Presidente. Tras conocerse la victoria del Frente Popular, la mayoría del espectro político, incluidas las voces conservadoras – aunque por distintas razones-, reclamaron a Manuel Azaña, el líder reconocido de la nueva formación de izquierdas, como Presidente de la nueva República.

En esta situación futurible de provisionalidad Alcalá Zamora encargó a Azaña formar Gobierno. Casares fue nombrado Ministro de Obras Públicas, aunque por algunas apreciaciones

---

<sup>5</sup> Confrontar en Grandío, E.; (1999), *Caciquismo e eleccións na Galiza da Segunda República*, A Nosa Terra, Vigo, págs. 179-183. Martínez Barrio también indica los problemas surgidos con la aprobación de las actas de A Coruña:

*No faltaron al gobierno advertencias y consejos. El señor Prieto dimitió la Presidencia de la Comisión de actas, para excusarse de la aprobación de las de La Coruña, que interesaba a los partidos republicanos de izquierda y al señor Casares Quiroga, ministro del gabinete;* Martínez Barrio, D.; (1983), *Memorias*, Planeta, Barcelona, p. 314.

No todos estaban conformes con la decisión en los primeros momentos de la nueva legislatura tomada por Prieto:

*Los bien enterados dirigen los dardos de sus recelos hacia La Coruña, precisamente, y de modo más concreto hacia ciertos antecedentes desagradables que maculan el acta de Casares. En todo caso, el gesto de Indalecio Prieto podrá ser magnífico en cuanto a honradez de conciencia; pero funesto en su sentido político;* Muñiz, A.; (2009), *Días de horca y cuchillo: Diario 16 de febrero-15 de julio de 1936*, Espuela de Plata, Sevilla, p. 104.

<sup>6</sup> *El trabajo de la Comisión, en cuyo seno ha prevalecido en general un recto sentido de la justicia, había sido perfecto sin esa pequeña mácula de impureza de dictar voto favorable a la validez de las actas de La Coruña. Pero Casares Quiroga lo había tomado tan a pecho... que no valió ni siquiera el criterio firme de la Esquerra, manifestado en contra;* Muñiz, A.; (2009), op. cit., p. 112.

personales no parece que con mucha voluntad por parte de Azaña<sup>7</sup>. La trascendencia de Casares no se encontraba a priori en el Gabinete, sino desde la perspectiva política de IR. Su importancia orgánica dentro del proyecto de Izquierda Republicana iba ganando cuerpo, en detrimento del otro líder que le podía hacer sombra: Marcelino Domingo. Poco tiempo más tarde, el 16 de abril, tras el entierro del alférez de la Guardia Civil muerto en el Paseo de la Castellana de Madrid dos días antes, en plena celebración republicana, Azaña le encargó sustituir a Amós Salvador, enfermo durante estos meses, en la cartera de Gobernación. Azaña entendía que tanto la experiencia de Casares en esa cartera como su vinculación personal y al proyecto político común que ambos representaban le hacían la persona idónea para suplir a Salvador en momentos tan críticos como aquellos, en un contexto de incremento de la crispación por parte de los sectores de derechas. Y no sólo Azaña. Incluso Martínez Barrio consideraba en estos momentos a Casares –aunque no después- como una de las personas más indicadas para llevar adelante actitudes firmes en este plano<sup>8</sup>.

Como si de unas fichas de dominó se tratara, la elección de Azaña como Presidente de la República provocó revuelo entre las distintas organizaciones en la búsqueda de un relevo de consenso para ocupar la jefatura del Gabinete ministerial. La primera opción fue el socialista Indalecio Prieto. Era el candidato ‘oficialmente’ idóneo, tanto por su experiencia gubernamental como por sus actitudes políticas. Además de conseguir ese grado de complementariedad táctica preestablecida en el Frente Popular, ya que si el Presidente era de IR, de manera consecuente el Jefe de Gabinete le correspondía al PSOE. Pero como ya es conocido Indalecio Prieto no fue designado por problemas de unidad interna del PSOE entre largocaballeristas y prietistas. La negativa de Prieto, y la imposibilidad de que fuera Largo Caballero su sustituto, devolvió la pelota a IR.

Y Azaña decidió solventar una inminente situación de crisis gubernamental desde la solución más cercana posible. En aquellos momentos si algo no se podía permitir era dar una imagen de debilidad y discrepancia. Pocos días después de su designación como Ministro de Gobernación, Casares se convertía en el elegido de Azaña para la Jefatura del Gabinete. Pero su designación no fue inmediata. Antes de decidirse por el político gallego hubo ciertos tanteos con otras

---

<sup>7</sup> En sus *Memorias Políticas y de Guerra*, Azaña anotó el día 19 de febrero de 1936 que había hablado con el Presidente Alcalá Zamora y le comunicó la composición de los Ministerios por teléfono:

*Se lo dije de memoria, y se me olvidó uno: precisamente Casares. A los pocos minutos me llamó ‘¿Quién es el ministro de Obras Públicas?, preguntó. Entonces caí en la cuenta del olvido y le di el nombre.*

<sup>8</sup> *Casares Quiroga, que, si despertaba recelos en ciertos sectores nacionales, ofrecía, en cambio, las mayores seguridades de energía y competencia. Conjuntamente sometió a mi firma un proyecto de ley que imponía sanciones económicas a los militares que integraran organizaciones contrarias al régimen o realizaran actos que redundaran en perjuicio del mismo;* Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., p. 323.



personalidades políticas ligadas al proyecto azañista, por ejemplo, Marcelino Domingo<sup>9</sup>. Según algunas opiniones, la decisión de elegir a Casares estaba tomada desde varios días antes de la elección de Azaña como nuevo Presidente de la República<sup>10</sup>. Incluso se preparó un cambio de imagen de Casares con un gran discurso parlamentario fechas antes de su elección, el día 6 de mayo, aún como Ministro de la Gobernación:

El día parlamentario, iniciado entre balbuceos de oratoria castelarina... ha culminado en la intervención ceñida y brillante del ministro de la Gobernación, el gallego Casares Quiroga...

El discurso de Casares, más que de exculpación, fue de ceño fiscal contra los que le quisieron poner en el atolladero. A su rabioso sentimiento izquierdista quizás sacrificó la ponderación tradicional que se pide al gobernante... Es evidente que el Frente Popular se sintió inyectado de optimismo al acabar la intervención de Casares. Se le ovacionó en los pasillos de la Cámara y el despacho de ministros, y en este momento se asegura que el mayor efecto político del discurso ha sido el despejar la incógnita de la sustitución de Azaña en la Presidencia del Consejo de Ministros...

La destreza parlamentaria de que ha dado hoy muestra Casares Quiroga hace que entre los diputados de la mayoría cambie el rumbo de las cábalas y se le señale a él como inmediato jefe del Gobierno<sup>11</sup>

La designación de Casares no convenció a los socialistas, que la asumieron, aunque no sin críticas. Tras la publicación de un artículo en *El Socialista* en el que desaconsejaban su

---

<sup>9</sup> Marcelino nos refiere que Azaña llamó antes de nombrar Presidente a Casares para excusarse de no designarlo a él. 'Le contesté, dijo, que a pesar de que me creen falto de nergía, llegado el caso la tendría más otros'; Portela Valladares, M.; (1988), *Dietario de dos guerras*, p. 133.

<sup>10</sup> Fue durante un comentado almuerzo al que asistieron don Indalecio Prieto, don Fernando de los Ríos, don Miguel Maura, don Felipe Sánchez-Román y los señores Azaña y Casares Quiroga. De un tema a otro se llegó al de la solución de la crisis que habría de plantearse como consecuencia de la elección presidencial, y el señor Azaña, previsor, procuró inquirir la opinión de sus compañeros de mesa. Buenos y antiguos amigos, todos los comensales cuidaron, a su vez, de explorar el ánimo del futuro inmediato presidente de la República, con lo que se llegó a una conclusión: la de que el candidato del señor Azaña era el señor Casares Quiroga, siempre que no se presentaran obstáculos mayores; Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., p. 371.

<sup>11</sup> Muñiz, A.; (2009), op. cit., p. 202-203. Añadimos aquí alguna de las alusiones directas a Calvo Sotelo en esta intervención, aunque la respuesta inicial había sido para el diputado Gamazo:

*La afirmación es esta: al margen del Estado, aparte del Estado, por debajo del Estado oficial, hay un Estado subalterno, que es el que rige las funciones de la gobernación del Estado y es el que dirige todos los movimientos que se hacen respecto al orden público. Señor Calvo Sotelo, S.S. quizá esté mal informado, S.S. quizá me conoce mal si cree que en ningún momento puedo aceptar, sin dimitir el cargo que ejerza, ningún género de estados, ni subalternos ni paralelos, ni de ninguna clase, que venga a entorpecer mi función. Ya sé que S.S. tiene de mí una idea muy equivocada. No es de ahora; recuerdo que hace tres años S.S. publicaba con su firma un artículo en el cual, después de decir, no sé a que título, que no me gustaban los pájaros, ni las flores, ni las mujeres (Risas), añadía, encarándose con los lectores de 'El Ideal Gallego': '¿Qué se puede esperar de un hombre que no santifica la Nochebuena?' Pues se puede esperar esto: que no tolere movimientos fascistas en España.*

*¿Qué ha hecho el Gobierno desde el momento en que he tenido, para desgracia mía, una vez más, intervención en las funciones gubernativas? El Gobierno ha procurado, en la medida de sus fuerzas, por todos los medios, evitar la violencia en España; el Sr. Presidente del Consejo, hace pocos días, recogiendo en absoluto la política del Gobierno, decía que él no quería presidir una guerra civil; pues bien: yo afirmo que no tolero una guerra civil. Vosotros lo sabéis. No os imputo nada; digo que lo sabéis, y aquellos que el sábado siguiente a la llegada mía al Ministerio de la Gobernación pensaban todavía en que podía hacerse un poco de guerra civil en España, me parece que habrán quedado convencidos de que no. (Risas y rumores). Que no cesen en ese convencimiento; Diario de Sesiones de Cortes, Legislatura 1936, número 25, pp. 624.*

designación como Jefe de Gabinete, el mismo Casares envió un recado a su autor, Julian Zugazagoitia, a través de un amigo común, el director de *Política*, Carlos Esplá:

Me ha encargado que le diga que 'está bien que la novia diga que no es guapa, pero que ya no está tan bien que los amigos la llamen públicamente fea la víspera de la boda'<sup>12</sup>

Las intenciones del grupo socialista quedaron bien expresas en un artículo publicado en *El Socialista*:

No pedimos afanes vengativos, que no son necesarios. Si pedimos una norma inflexible en la aplicación rápida y a fondo del programa que sirvió de bandera en la contienda electoral... Bajo esos signos, rapidez y energía nace el nuevo Gobierno<sup>13</sup>

El 19 de mayo Casares presentó su nuevo Gabinete ante las Cortes, que fue aprobado con 217 votos a favor y 61 en contra. Según las impresiones de un cronista parlamentario Casares se presentó a esta sesión

más pálido, más delgado y más responsable, con verbo claro, gesto duro y energía en los conceptos, con un magnífico discurso de valentía ejemplar, que tiene la virtud práctica de frenar los impulsos acometedores de las filas de la oposición<sup>14</sup>.

Desde el primer momento quedó claro que su actuación gubernamental no iba a caracterizarse por un discurso contemporizador y neutro: necesitaba conservar a las masas votantes del Frente Popular<sup>15</sup>. Es evidente que Casares intentó dotarse durante estas fechas de una

---

<sup>12</sup> Zugazagoitia, J.; (1977), *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Crítica, Barcelona, pp. 39-40.

<sup>13</sup> Citado en Fernández Santander, C.; (2000), *Casares Quiroga, una pasión republicana*, Ediciós do Castro, Sada, p. 195.

<sup>14</sup> Muñiz, A.; (2009), op. cit., p. 243.

<sup>15</sup> Así hablaba Casares al presentar su gabinete para reafirmar la aplicación del programa del FP, pero también para distanciarse en el modo de ejecutarla del propio Azaña:

*Ahora bien, Sres. Diputados, el deber mío, después de presentar el Gobierno a las Cortes, sería el hacer un programa de la obra que éste se propone realizar; pero yo me pregunto y os pregunto a vosotros: si el origen de este Gobierno es exactamente el mismo del anterior, puesto que nace del caudal de las multitudes que llegaron a formar el Frente Popular; si su política es exactamente la política del Gobierno anterior, porque se declara continuación suya y secuela de él, ¿qué otro programa podríamos presentar que el que aquel Gobierno presentaba ante vosotros hace no más de un mes? Ya el Presidente del anterior Gobierno decía a las Cortes: ¿Qué programa podría presentar que no sea el programa articulado y conocido de todo el mundo, que se llama el programa del Frente Popular? Tenemos un origen común, tenemos un programa común articulado en los postulados del Frente Popular, tenemos una política en la cual hemos colaborado la mayor parte de los que estamos hoy sentados en este banco. ¿Qué programa, pues, podemos, presentar al Parlamento que no sea aquel que ha sido ya examinado y debatido hace un mes aquí, cuando el Sr. Azaña ocupaba la cabecera del banco azul y que se ha dado a conocer en las hojas y publicaciones periódicas que mostraban al pueblo español el programa del Frente Popular? La obra, pues, a realizar es la misma que determinaba la presencia en el banco azul del Gobierno anterior.*

*La única diferencia que podría haber, si la hubiera, es una ciertamente poco grata para mí. Es la diferencia que antes señalaba entre la figura ingente, señora en la historia política contemporánea de España, de aquel que ocupaba la cabecera del banco azul hace un mes, y esta pobre figura que hoy se presenta ante vosotros representando al Gobierno de la República. Pero esta diferencia, mi propia dignidad de político y de gobernante me obliga a salvarla de alguna manera, y ya que no puede ser salvada en el fondo ni en la forma del programa, yo tengo que salvarla con lo único que me es dado hacer: con una aceleración del ritmo, con un apresuramiento en la marcha*

personalidad propia, lo más independiente y alejada posible de la imagen de moderación de Azaña, su principal valedor y alter ego de su ascenso político durante estos años. Para el socialista Zugazagoitia, Casares desmintió esta tentativa de reafirmación individual de su figura desde mucho antes, tras la aceptación del Ministerio de la Guerra, labor indiscutiblemente vinculada durante los años republicanos a la figura de Azaña<sup>16</sup>.

Es precisamente a partir de su elección como Presidente del Consejo de Ministros cuando casi todas las memorias o recuerdos posteriores de la figura de Casares comienzan a relacionarse con una presunta 'debilidad' y errores en la toma de decisiones: el primero, la decisión del Presidente de la República de que Casares formara Gobierno. El periódico anarquista *Solidaridad Obrera* saludaba así la llegada del nuevo Gabinete el 26 de mayo de 1936:

Casares es un inútil y un cretino. En el año 1917 fue detenido debajo de una cama. Su larga actuación está engendrada bajo la influencia del refugio colchonero. En las páginas de la historia se le recordará como un revolucionario de opereta y como un político de ínfima clase<sup>17</sup>

La cercanía temporal entre el Gobierno Casares y el golpe militar hace que en los recuerdos de los dirigentes republicanos ambas circunstancias se reconstruyan casi de manera paralela. Como si los meses de mayo y junio y el 18 de julio fueran el mismo momento. Esta opinión aparece expresada en las *Memorias* de Martínez Barrio cuando habla de Casares:

Vióse en el un expediente transitorio e interino, llamado a preparar otras soluciones estables... En el breve espacio de dos meses se consumieron y agotaron todas las reservas del Estado; la anarquía se enseñoreó de las calles; los partidos desbordaron sus apetitos, y la sociedad miró con espanto el abismo a donde la llevaban. Algún que otro grió histérico recordaba a los españoles que en la Presidencia del Consejo de Ministros permanecía aún el desdichado piloto gubernativo, fruto de la amistad presidencial y de viejos resquemores parlamentarios<sup>18</sup>.

También Portela Valladares lo dice claramente: "Con el nuevo gobierno de Casares rápidamente empeoró la situación del país"<sup>19</sup>. Como si lo de antes no existiera.

---

de la labor legislativa, con un ímpetu, con una velocidad que responda exactamente al ímpetu que yo quiero representar del Frente Popular que me apoya; *Diario de Sesiones de Cortes*, Legislatura 1936, número 29, p. 692.

<sup>16</sup> Se anotó el detalle como un indicio claro de la subordinación de su criterio al pensamiento del jefe del Estado; Zugazagoitia, J.; (1977), op. cit., p. 40

<sup>17</sup> Citado en Fernández Santander, C.; (2000), op. cit., p. 200.

<sup>18</sup> *Eran los nuevos ministros lo que el señor Casares con relación al señor Azaña, políticos de segundo término, sobrados de buena voluntad y faltos de experiencia. A un presidente asaz nervioso y a un gobierno débil, le asignaba la historia resistir y desarticular el terrible movimiento de rebeldía que iba a remover durante años los cimientos de España...*

*Salvo el presidente, a quién los políticos de derecha consideraban como un fanático, los ministros tenían bien ganada fama de republicanos moderados;* Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., pp. 330 y 371.

<sup>19</sup> Y se explaya en su argumentación:

*La autoridad, el respeto a la ley, el orden público, según sumergiéndose y dejando de contar como asientos de la vida española. Con excepción de Cataluña... el resto de la Península estaba entregado a empujes de disolución, a*

Pero tanto uno como otro también inciden de manera especial en que fue una designación muy personal de Azaña. Martínez Barrio, incluso con palabras muy duras: “Estuvo libre de hipotecas la voluntad del señor Azaña... por determinación libre y espontánea del jefe del Estado. El acierto o yerro de esas designaciones al señor Azaña corresponde”<sup>20</sup>.

Vidarte reproduce una conversación mantenida con Portela Valladares en fechas anteriores a la aprobación por el Congreso del Gobierno casarista:

Estas sesiones del Congreso están causando en la opinión un terrible efecto. Casares carece de las grandes dotes de Azaña. En mi opinión, debería pedir a las Cortes una autorización tan amplia como la necesitase para gobernar por decreto, hasta octubre. Ya para entonces se habrán calmado las pasiones<sup>21</sup>.

Esta segunda apreciación reconoce la existencia de graves problemas de resolución institucional, incluso para el planteamiento de gobernar por decreto. Las reuniones durante estos meses de Azaña con Maura o Sánchez-Román así parecían indicarlo, además de otras opiniones que saltaron a la luz pública durante estas semanas.

Pero en aquel momento el cordón umbilical que unía a Azaña con Casares parecía entenderse como el elemento determinante en su designación. El Presidente de la República no podía ser ajeno a esta realidad, reconocida por todo el panorama político. La designación fue vista como una decisión ‘personal’. Casares era su lugarteniente en el desarrollo de Izquierda Republicana, también en las negociaciones decisivas de la conformación del Frente Popular y en su éxito electoral. Un par de meses después se le nombraba Presidente del Gobierno. No podía ser visto de otra manera. Portela calificó a Casares como “completo instrumento de Azaña, con quién procedía siempre de acuerdo”<sup>22</sup>. Zugazagoitia definió la relación entre Casares y Azaña como “unido a su política y a su persona por una devoción que no será excesivo hacer rayar en la idolatría”<sup>23</sup>.

Martínez Barrio fue más allá en sus apreciaciones, observando en esta actitud de Azaña de colocar a sus allegados en la Jefatura del Gabinete Ministerial una manera de saltarse el texto constitucional<sup>24</sup>, ya que dentro del espíritu de la Constitución de 1931 se encontraba expresa la idea de desvincular en lo posible al Presidente de la República del Consejo de Ministros. Es decir, la jefatura del Estado se diferenciaba de la política diaria, quedando en un papel sobre todo protocolario. Si bien los tiempos no estaban para crear figuras decorativas en política, lo cierto es

---

*desacato constante, a individual y colectiva anarquía. El Gobierno mandaba, pero su voz se perdía en el estruendo y la violencia sindicales; ni los agentes de la autoridad, ni los alcaldes, ni los gobernadores obedecían a sus superiores. Comenzaba la quiebra del Estado;* Portela Valladares, M.; (1988), *Memorias*, pp. 212-213.

<sup>20</sup> Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., p. 370.

<sup>21</sup> Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., p. 144.

<sup>22</sup> Portela Valladares, M.; (1988), *Memorias*, p. 219.

<sup>23</sup> Zugazagoitia, J.; (1977), op. cit., p. 20

<sup>24</sup> Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., pp. 370-371.

que en la voluntad de Azaña –y en el análisis de sus acciones durante los meses de Gobierno de Casares- no se encontraba dejar la intervención política directa. El periodista socialista Zugazagoitia mantuvo en aquellos días una conversación con un diputado tradicionalista en la que aludía al consentimiento del PSOE a esta designación: “Con estos arreglos... nos han hecho ustedes, de la noche a la mañana, una república presidencialista. Azaña gobierna con persona interpuesta”<sup>25</sup>

Azaña era muy consciente de a quién elegía. Vidarte incluyó una cita de las memorias del Comandante Hidalgo de Cisneros, Ayudante Militar de Casares como encargado de la cartera de Guerra, en la que tras hablar de la preparación de la sublevación con Azaña, este interrumpió una comida de trabajo “con cara de vinagre”. Regresando a Madrid, con el Ayudante militar, Casares trató de disculpar al Presidente de la República “diciendo que Azaña tenía a veces reacciones muy violentas, pero que en el fondo era buena persona. ‘Después de lo que usted ha presenciado... podrá darse cuenta de lo difícil que es para mí tomar medidas contra los sospechosos’”<sup>26</sup>.

### 3. Derecha e izquierda frente al Gobierno Casares

En cuanto a su acción política, el escaso tiempo de labor gubernamental de Casares fue visto de manera distinta que el de Azaña, posiblemente debido a esa intención de distanciarse de la imagen inicial de ‘delegado’ azañista. Del tono conciliador de Azaña como Jefe de Gabinete se pasó a un “programa maximalista que había que llevar a las realidades políticas y sociales sin treguas ni reflexiones”<sup>27</sup>.

En buena parte esta línea de ofrecer una imagen divergente –con los problemas añadidos que tiene contrastar indicios de poco tiempo de duración- vino motivada por el deseo de los dos de que su imagen se diferenciara, pero también por la presión política que en aquellos días existía, tanto por parte de la derecha, como desde dentro del conglomerado Frente Popular, especialmente por parte socialista.

La composición del Gobierno Casares fue recibida de manera negativa entre los miembros del PSOE, ya que a las primeras posibilidades -muy reales pero perdidas - de que uno de los suyos fuera la cabeza de ese Gabinete se sumaba la circunstancia de que las personas designadas, especialmente en las carteras de Gobernación y Trabajo, no eran de su agrado<sup>28</sup>. Además rompía las líneas de relación con los socialistas en el Gabinete ministerial diferenciándose del primer

---

<sup>25</sup> Zugazagoitia, J.; (1977), op. cit., p. 40

<sup>26</sup> Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., p. 151.

<sup>27</sup> Ansó, M.; (1976), *Yo fui Ministro de Negrín*, Planeta, Barcelona, p. 118.

<sup>28</sup> *El nombramiento de Juan Moles como ministro de la Gobernación era tanto como desconectarnos de dicho Ministerio... Juan Lluhí Vallescá, designado para el ministerio de Trabajo, parecía expresamente elegido contra nosotros*; Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., p. 129.

Gobierno de Azaña tras la victoria del FP<sup>29</sup>. A una imagen más radical del líder le correspondía una ejecutoria de gobierno más moderada. Las reacciones iniciales fueron de oposición al Gabinete y la tendencia inicial acordada tras la victoria electoral de febrero de abstenerse en los conflictos sindicales para llevar adelante el programa del FP lo más rápidamente posible, se truncó. Este cambio de tendencia con una mayor actividad obrera, perceptible en los meses de mayo y junio en los estudios sobre conflictividad política de la Segunda República, fue expuesto así por Vidarte. Volvía a reactivarse la imagen ‘dura’ del Ministro de Gobernación del primer bienio:

Las personas con quien yo había hablado sobre estas gestiones, me han llamado al conocer el nombramiento de Casares Quiroga como presidente del gobierno para decirme que considere sin ningún valor nuestras conversaciones. Ellos no pueden dar tregua ni cuartel al hombre de Casas Viejas y de las deportaciones de Figols. Es más, me han dicho que inmediatamente empezarán a organizar huelgas en toda España y que no cejarán mientras no logren arrojar del poder a Casares Quiroga<sup>30</sup>

La intención no era otra que negar apoyo social a esa imagen de Casares, la del ‘hombre duro y de confianza’ del Presidente de la República, del que va a continuar con el proyecto de ‘república burguesa’ de 1931. Desde esta perspectiva cabe leer la dialéctica de Casares de estos días desde la voluntad de atraer otra vez a las masas sindicales, esta vez a su acción de gobierno. Pero el discurso de estos sectores ya se encontraba lindando con el de la superación de la República burguesa por la revolución social, como ocurría en la totalidad de los grupos obreros de izquierda de la Europa de estos años<sup>31</sup>. De esto por supuesto que tenían conocimiento tanto Casares como Azaña y no será un argumento baladí para entender tanto las acciones adoptadas pocos días más tarde como las reacciones institucionales a las demandas socialistas en los dramáticos días de julio.

Esta radicalización del discurso respecto del inmediatamente anterior de Azaña no satisfizo las intenciones de las organizaciones sindicales y, lógicamente, también motivó impresiones negativas al otro lado del arco político. Incluso dentro de los miembros de su propia organización, que bien pudieron ser calificadas en aquel momento de sorpresa, pero que los hechos de días más tarde amplificaron. Tras el discurso en el que Casares indicó que el Estado debía ser beligerante contra la reacción, Mariano Ansó comunicó directamente con Azaña para manifestarle la “penosa

---

<sup>29</sup> *Los socialistas, en quienes estaba demasiado patente el recuerdo de las jornadas revolucionarias de Octubre*; Zugazagoitia, J.; (1977), op. cit., p. 20.

<sup>30</sup> Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., p. 130.

<sup>31</sup> El tópic del Casares-Kerenski funcionó de manera reiterada entre las filas obreras en estos días. Vidarte incluso hace una mención al tema de manera expresiva y ‘teatral’:

*Cuando Casares fue designado presidente del Consejo, tenía en su domicilio, en lugar bien preferente, el retrato de Kerenski al que miraba todos los días, para tenerlo bien presente, a fin de que jamás él pudiera asemejarse al hombre que dejó paso en Rusia al comunismo*; Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., pp. 151-152.

impresión que había causado la intervención de Casares en la mayor parte de los miembros de nuestra minoría, especialmente en el grupo procedente de Acción Republicana”<sup>32</sup>. También Marcelino Domingo se posicionó en estos momentos intentando buscar una fórmula de sustitución del Gabinete casarista.

En los días finales de mayo, Casares Quiroga intentó conciliar las posturas de los grupos socialistas más combativos a través de conversaciones con Largo Caballero. El 29, día de reunión del Consejo de Gobierno –y tras petición del Jefe de Gabinete- Casares mantuvo una entrevista de cincuenta minutos con él en la que le comunicó que intentase “poner inmediato término al ejercicio de rebeldía constante a que se han entregado las masas proletarias”<sup>33</sup>. El 2 de junio se planteó en las Cortes una proposición presentada por los comunistas en la que se pedía la disolución inmediata de la Guardia Civil debido a los sucesos ocurridos en Yeste. Dicha proposición, con apoyo de sectores socialistas, fue frenada a última hora por el Gobierno, que solicitó un aplazamiento de la interpelación hasta que se investigara de manera suficiente y documentada los hechos ocurridos.

Las reacciones a esta llamada del Gobierno a la colaboración socialista a su ejecutoria llegaron tarde, ya en las horas decisivas de julio. Lo cierto es que a principios de junio la imagen de desunión entre las fuerzas del FP era un hecho, especialmente por los complejos objetivos de un PSOE dividido. Los socialistas se encontraban en un cruce de caminos: ya habían gobernado participando con los grupos burgueses en el primer bienio, pero buena parte de sus bases llamaban abiertamente a la conflictividad laboral contra un Gabinete al que apoyaban parlamentariamente. Este doble juego se mantuvo hasta el final. Durante los meses de gobierno de Casares, la Comisión Ejecutiva del PSOE pasaba información de manera constante al Gabinete, especialmente al Presidente. Se le advertía, sobre todo, de las acciones de la sublevación en marcha, conocida por todos. Su objetivo: presionar por una mayor participación de los socialistas en el Gobierno a través de su aportación en la defensa del régimen. Existía la creencia de que Casares no actuaba lo suficiente porque no tenía esta información, pero la que tenía no se la facilitaba a los grupos socialistas<sup>34</sup>. Según Zugazagoitia llegó hasta tal punto esta colaboración que Casares se incomodó personalmente con la persistencia y reiteración de las advertencias socialistas, que llegó a indicar a los emisarios que “si Prieto continúa viniendo aquí, será él quien gobierne y no yo”<sup>35</sup>.

---

<sup>32</sup> Ansó, M.; (1976), op. cit., p. 118.

<sup>33</sup> Muñiz, A.; (2009), op. cit., p. 261

<sup>34</sup> *Al suponer que Casares Quiroga carecía de información es más que probable que nos equivocásemos. Habida cuenta de sus reacciones es más que posible que la información no le faltase, sino que fuese, y más tarde se confirmó, falsa;* Zugazagoitia, J.; (1977), op. cit., p. 33.

<sup>35</sup> Ídem, p. 39.

Si bien la izquierda y el FP tenían sus problemas de acoplamiento por sus objetivos divergentes, la escalada de la crispación social también vino motivada por los grupos de la derecha parlamentaria. Derrotados y sin planificar previamente una ‘opción B’, tras el fracaso electoral los grupos protagonistas de la derecha asistían a un reequilibrio en su política de imagen. La CEDA y el Bloque Nacional se encontraban unidos a la hora de denunciar y amplificar a los cuatro vientos la inminente llegada de un ‘estado soviético’ -lo que mantenía el grado de crispación de la campaña electoral de febrero, continuidad que constituyó uno de los elementos decisivos en el apoyo inicial a la sublevación de julio<sup>36</sup>-, pero el peso de la imagen de sus respectivos líderes había cambiado. Si a Gil Robles se le asociaba con un proyecto de llegar a propuestas totalitarias a través de las urnas que había sido derrotado, el discurso más radical y directo de Calvo Sotelo se engrandecía de cara a la opinión pública conservadora, tanto por su imagen física y sus dotes políticas como por la reafirmación de su discurso alarmista y de aplicación de firmeza extrema contra el nuevo gobierno del FP.

Calvo Sotelo se aupó a la posición de líder de la oposición. El malestar ante las primeras declaraciones de Casares acusando de falta de colaboración y obstrucción a las políticas del Gobierno, incluso con acusaciones personales y directas de participar en proyectos violentos para cambiar la línea política de la República, provocó que se enquistara la inexistente relación personal entre el Presidente del Gobierno y el líder de la oposición de derechas. Una relación muy deteriorada desde el bloqueo de Calvo Sotelo a la aprobación de las actas de la circunscripción coruñesa en las elecciones de febrero. En tertulia ante un grupo de diputados del Bloque Nacional sobre los peligros del Gobierno Casares, Calvo Sotelo se rió y comentó: “No os preocupéis muchachos. ¡Que más podíamos desear sino tener al frente del gobierno a la persona más odiada de España!”<sup>37</sup>

Y no lo decía sólo por la opinión que tenían de él los grupos conservadores, sino también por la de buena parte de las masas obreras que conservaban aún en la retina sus acciones contra el sindicalismo insurreccional del primer bienio. Calvo Sotelo utilizó convenientemente una táctica

---

<sup>36</sup> Así le hablaba del aumento de este clima de crispación el socialista Negrín a Juan Simeón Vidarte el 12 de julio, tras el asesinato del Teniente Castillo:

*Tenemos que cuidarnos todos, estos atentados obedecen a un plan de liquidación de los hombres de mayor significación republicana. Un día es el atentado contra Jimenez de Asúa, otro contra Largo Caballero; se intenta volar la tribuna donde estaba el gobierno el 14 de abril; han asesinado al magistrado Pedregal, que impuso largas penas de cárcel a varias falangistas convictos de asesinato; nos han asesinado a dos directores de periódico de los más significados antifalangistas: Manolo Andrés Casauís, en San Sebastian, y Luciano Malumbres, en Santander; se ha enviado una bomba al domicilio del exgobernador y diputado de las Constituyentes Eduardo Ortega y Gasset, que casualmente sólo ha causado daños materiales en la casa; a los jefes del ejército, de mayor confianza de la República los están asesinando; un día el Capitán Faraudo, otro el teniente Castillo. Ya han oído ustedes la relación de nombres que nos ha leído el teniente Moreno. ¿Cual será la próxima víctima?; Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., p. 212.*

<sup>37</sup> Ídem, p. 131.



de acoso y derribo contra Casares para cumplir dos objetivos: por un lado incrementar el prestigio de su imagen ante la comparación del líder conservador derrotado Gil Robles<sup>38</sup>; y, por otro, convertir los debates políticos en una suerte de combate entre dos púgiles, personalizando una situación política a la que no le convenía en absoluto el reduccionismo ideológico a dos extremos<sup>39</sup>. De la situación de estos meses en el Parlamento Portela Valladares dejó su impresión negativa:

---

<sup>38</sup> En el debate parlamentario del 16 de junio sobre la situación del orden público, Calvo Sotelo, se refirió así a Casares:

*Porque su señoría siendo hombre representativo de la burguesía coruñesa, sin embargo, era el líder de los obreros sindicalistas de los más avanzados, y con frecuencia les dirigía soflamas revolucionarias.*

El Presidente del Gobierno respondió de este modo a las acusaciones directas de connivencia con los Comités del Frente Popular realizadas por Calvo Sotelo, en uno de los tonos más exaltados que se recuerdan de un debate parlamentario en la Carrera de San Jerónimo. Palabras que posteriormente han sido citadas en numerosas ocasiones. Reproducimos las partes más interesantes por su trascendencia posterior:

*Yo no voy a descender al terreno a que suavemente quería llevarme el Sr. Calvo Sotelo, terreno de polémica personal, personalísima, al cual me está vedado acudir porque yo no puedo olvidar que aquí soy el Presidente del Consejo. Ocasiones ha tenido en la vida el Sr. Calvo Sotelo para encontrar a Santiago Casares. Hoy no encontrará aquí más que al Jefe del Gobierno (Muy bien) Pero el Sr. Calvo Sotelo –perdóneme el señor Gil Robles que deje el examen de su discurso para después, en gracia a lo interesante que resulta refutar inmediatamente las afirmaciones del Sr. Calvo Sotelo-, con una intención que yo no voy a analizar, aunque pudiera hacerlo, ha venido esta tarde a tocar puntos tan delicados y a poner los dedos, cruelmente, en llagas que, como español simplemente, debiera cuidar muy mucho de no presentar...*

*Yo no quiero incidir en la falta que cometía su señoría, pero sí me es lícito decir que después de lo que ha hecho S.S. hoy ante el Parlamento, de cualquier caso que pudiera ocurrir, que no ocurrirá, haré responsable ante el país a S.S. (Fuertes aplausos)*

*No basta por lo visto que determinadas personas, que yo no sé si son amigas de S.S., pero tengo ya derecho a empezar a suponerlo, vayan a procurar levantar el espíritu de aquellos que puede creerse que serían fáciles a la subversión, recibiendo a veces por contestación el empujón que los arroja por la escalera; no basta que algunas personas amigas de S.S. vayan haciendo folletos, formulando inducciones, realizando una propaganda para conseguir que el Ejército, que está al servicio de España y de la República, pese a todos vosotros y a todos vuestros manejos, se subleve (Aplausos); no basta que después de habernos hecho gustar las ‘dulzuras’ de la Dictadura de los siete años, S.S. pretenda ahora apoyarse de nuevo en un Ejército, cuyo espíritu ya no es el mismo, para volvernos a hacer pasar por las mismas amarguras; es preciso que aquí, ante todos nosotros, en el Parlamento de la República, S.S., representación estricta de la antigua Dictadura, venga otra vez a poner las manos en la llaga, a hacer amargas las horas de aquellos que han sido sancionados, no por mí, sino por los Tribunales; es decir, a procurar que se provoque un espíritu subversivo. Gravísimo, Sr. Calvo Sotelo. Insisto: si algo pudiera ocurrir, S.S. sería el responsable con toda responsabilidad (Muy bien.- Aplausos)*

*...El Sr. Calvo Sotelo, sin sentido ninguno de responsabilidad, sin más espíritu que el que le lleva a deshacer todo aquello que ha construido la República, todo aquello que pueda ser afeción a la República, todo aquello que pueda servir de base a la República, sea el Ejército, sea el Parlamento, viene aquí hoy con dos fines: el de buscar la perturbación parlamentaria, para acusar una vez más al Parlamento de que no sirve para nada, y el de buscar la perturbación en el Ejército, para, apoyándose, quizá en alguna figura destacada, volver a gozar de las delicias de que antes hablábamos. No sueñe en conseguir éxito, Sr. Calvo Sotelo: ni el Parlamento, cualesquiera que sean los imperios de S.S., ha de rebajarse un ápice en su valía, en su actividad, en su fecundidad, ni el Ejército, no sólo mientras esté yo al frente de él, sino mientras esté persona de responsabilidad y con sentido de ella, hará en España otra cosa que cumplir con su deber, apoyar el régimen constituido y defenderlo en cualquier caso. Téngalo por seguro S.S., aunque la risa le retoce. Me pareció notar un gesto irónico en S.S. Quizá estemos bajo los auspicios de la suspicacia... Inútil, señor Calvo Sotelo. Todos esos juegos no servirán más que para revelar una cosa: que algunas actividades van poniéndose al descubierto (Muy bien); Diario de Sesiones de Cortes, Legislatura 1936, número 45, pp. 1389-1391; citado en Grandío Seoane, E. (Ed.), (2006), *Casares Quiroga. Discursos parlamentarios (1931-1936)*, Edición do Castro, Sada, pp. 268-270.*

<sup>39</sup> *En todo caso, lo que no contribuye a explicar el despeñamiento hacia la sublevación y el enfrentamiento armado es la simplificación de las fuerzas que se disputaban la primacía en España en dos grandes polos, izquierda o derecha, revolución o contrarrevolución. Como vemos, las opciones posibles y propuestas eran más complejas. A las*

Casares, por penuria de medios, acudía a hacer el jaque y a soltar retos y amenazas que echaban leña al fuego que Calvo Sotelo encendía. Si en el jefe derechista se señalaba una perversidad política, las responsabilidades mucho mayores de Jefe de Gobierno que debían contener a Casares, estaban ausentes; no había aprendido, en su ignorancia, que aquel puesto suyo se llamaba en otros más aconsejados tiempos, el banco de la paciencia. El uno tendía al trapo, y el otro acudía al engaño brincando como un ternero. Resultado: una puja de demagogia, de vocerío, de puños amenazantes: un espectáculo lastimoso y fulminantemente demoledor<sup>40</sup>

#### 4. El asesinato de Calvo Sotelo.

El líder de la oposición conservadora desapareció de su domicilio la noche del 12 al 13 de julio, bajo el pretexto de una detención. Trasladado muerto a la mañana siguiente al madrileño Cementerio del Este, desde la perspectiva de Casares y de su Gobierno el hecho representaba un elemento dramático que anticipaba una crisis. No sólo por el asesinato de un representante elegido en Cortes, sino porque durante los meses anteriores se había convertido en el principal ariete de las críticas conservadoras al Gobierno, y sobre todo, al Jefe del mismo. Era muy evidente, e incluso había sido indicado en sede parlamentaria, que Calvo Sotelo estaba enterado de la sublevación, y también era notoria la animadversión personal entre ambos líderes.

Cuando se conoció la noticia del secuestro y antes de conocerse su muerte, algunos, como el propio Martínez Barrio, supusieron que se trataba de una detención gubernativa, “en evitación de que las actividades del diputado por Orense adquirieran mayor gravedad que la que venían señalando los servicios policíacos de información”. El político sevillano, al conocer el trágico desenlace y desde su posición como Presidente de las Cortes se comunicó directamente con Casares para suspender la sesión ordinaria del día siguiente, a lo que Casares se opuso inicialmente, aunque, posteriormente “un poco malhumorado, se allanó por fin”, convocando para el día 15 la Diputación Permanente de las Cortes, fecha necesaria ya que el 16 terminaba la prórroga del Estado de Alarma<sup>41</sup>.

La indecisión inicial de Casares, junto con la campaña de los días anteriores y el asesinato de Calvo Sotelo, en el que se encontraban implicados miembros de los Cuerpos de Seguridad del Estado, cercenó completamente la credibilidad del Presidente del Gobierno. Y con su credibilidad también arrastraba de manera consecuente la de Azaña. Portela Valladares aludió directamente a la responsabilidad personal de Casares en la comisión del hecho:

---

*necesidades de la lucha política, sin embargo, le convenía esa simplificación bipolar;* Arostegui, J.; (2006), *Por qué el 18 de Julio... y después*, Flor del Viento, Madrid, pp. 289-290.

<sup>40</sup> Portela Valladares, M.; (1988), *Memorias*, p. 216.

<sup>41</sup> Martínez Barrio, D.; (1983), *op. cit.*, p. 342.

La noticia causó en toda España enorme conmoción; mezcla de sobrecogimiento, de consternación, y de furor de guerra. Nos sentíamos arrastrados en el vórtice de un ciclón. El Presidente del Consejo no quiso ver la hinchada riada que amenazaba llevarse todo por delante... Continuó en aquel puesto, en cartel de desafío, y desdeñando la catástrofe, sin preocuparse más que de huir de la sesión de Cortes en que se ventilaría su responsabilidad por acción u omisión, con aquellos subordinados suyos autores del crimen<sup>42</sup>

Pero Portela, posiblemente por desconocimiento, no indicó lo siguiente. Un día después de conocerse la noticia de la muerte de Calvo Sotelo, el Presidente de la República llamó al Presidente de las Cortes al Pardo, donde residía el Jefe del Estado. La impresión de Martínez Barrio sobre cómo lo recibió Azaña era la de un hombre “consternado buscando apoyos en todos aquellos lugares donde pudiera encontrarlo”. La democracia parlamentaria se encontraba totalmente desacreditada, y con él su símbolo: el Presidente de la República<sup>43</sup>.

Pero de esta conversación se deduce que la decisión de cambiar a Casares Quiroga de la Presidencia del Gobierno ya estaba tomada. Azaña le comunicó a Martínez Barrio que Casares ya le había presentado su dimisión en las horas posteriores al conocimiento del asesinato de Calvo Sotelo, pero que no se la había aceptado de manera transitoria, porque entendía que no era momento de dimisiones, pero no porque no estuviese de acuerdo con su marcha. Así reprodujo Martínez Barrio en sus *Memorias* las palabras de Azaña:

Se que debo cambiar el gobierno. Lo sustituiré. Pero hay que esperar. Si aceptara la dimisión que me ha presentado Casares, sería tanto como entregar su honor a la maledicencia que le acusa. No es posible que salga del poder empujado por el asesinato de Calvo Sotelo<sup>44</sup>.

De estas declaraciones, interesantes desde la perspectiva de cómo se realizaron –según Martínez Barrio, esta reunión se llevó a cabo “sin dilación alguna y sin que fuera conocida”- se deducen dos circunstancias que se expresaron de manera mucho más directa pocos días más tarde. La primera, que Casares y Azaña no entendían la relación de Presidencias de manera distinta, sino que formaban parte de un mismo equipo. El rechazo de la dimisión de Casares fue aceptada por el gallego, de la misma manera que era Azaña quien tenía la capacidad última de administrar los tiempos públicos y políticos para utilizar esa baza. Como le correspondía al Presidente de la República, era Azaña quien admitía o no la dimisión. El propio Portela, aun desconociendo esta

---

<sup>42</sup> Es más, Portela insistió en las graves acusaciones que recaían sobre Casares:

*La situación se haría gravísima, por consiguiente, arrastrando el descrédito del Gobierno y el del Frente Popular, cuando se hiciera público el contenido sumarial. De no haberse interpuesto la insurrección, sin remedio se habría producido un trascendental cambio en la política de la República;* Portela Valladares, M.; (1988), *Memorias*, p. 219.

<sup>43</sup> Esto es lo que le dice a Martínez Barrio en los primeros momentos:

*Estos son los peores días de mi vida... El de ayer, con esta terrible noticia de la muerte de Calvo Sotelo, lo recordaré siempre, siempre. ¿Qué dice usted? ¿Qué me aconseja?;* Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., p. 344.

<sup>44</sup> Ídem, p. 344.

conversación e incluso la dimisión presentada por Casares según sus escritos, insistió en que la responsabilidad última era de Azaña por no mover ficha en este preciso momento<sup>45</sup>.

La segunda es que se prefiguraba la imagen de la dimisión de Casares de días más tarde. En la cita de Martínez Barrio, Azaña aludía a la “entrega de su honor”, debido a las críticas de carácter personal que había estado recibiendo prácticamente desde su llegada a la Presidencia del Gobierno. Ese “honor individual” que estaba en juego si fue entregado pocas horas más tarde, arrollados por las constantes llamadas telefónicas que informaban de la sublevación en los cuarteles.

El miércoles 15 por la mañana se abrió la Sesión de la Diputación Permanente de las Cortes, la primera después de la muerte de Calvo Sotelo. Si bien tenía el objetivo administrativo de derogar o prolongar el estado de alarma, de manera lógica a la gravedad de lo ocurrido sólo se habló de las consecuencias políticas del asesinato. Posiblemente auspiciado por una dimisión presentada pero que aún no había sido admitida, y de la cual desconocía el momento de su ejecución, lo cierto es que Casares no asistió a esta reunión de la Diputación Permanente. Su falta de asistencia resultó sorprendente. Todo el mundo entendía que las alusiones a su implicación directa en los hechos serían suficientes para que se encontrara allí. Su ausencia resultó posteriormente muy comentada, y de hecho facilitó el discurso mantenido por sus opositores de que el hombre encargado de presidir el Gabinete ministerial no era lo suficientemente fuerte para asumir determinadas responsabilidades, que en este caso se concretaban en acusaciones muy graves. Este hecho fue aprovechado directamente en el debate de la Permanente por el propio Gil Robles, destacado ahora como único líder de la derecha. Pero no solo por él. Los representantes de las distintas tendencias políticas de oposición se afanaron en destruir no tanto al Gobierno del FP, sino la credibilidad de la persona que lo dirigía. Extraemos algunos párrafos de la intervención del diputado Ventosa:

Pero os digo que en la situación presente y en el ambiente de violencia que existe, yo no hago más que enunciar una verdad, que está en la conciencia de todos: que si hay alguna persona que no sea adecuada para restablecer la convivencia civil entre los españoles y para poner término al espíritu de guerra civil que existe, ésa es el presidente del Consejo de Ministros, señor Casares Quiroga. Por su pasión, por su espíritu, por las características de su personalidad, es un hombre más bien apto para encender la guerra civil y la discordia que para restablecer la normalidad, que todos dicen que propugnan<sup>46</sup>

---

<sup>45</sup> *¿Cómo, Casares, sin crédito y sin autoridad, y condenado a inevitable dimisión, no vió que adelantando su salida ofrecía la última posibilidad de paz que tenía España? ¿O es que no le importaba la salud nacional? Si temía el debate parlamentario, más fácil le era la defensa después de dimitir y desarmadas las oposiciones. Y Azaña, con mucha mayor calidad y en puesto que obliga a otear horizontes, ¿cómo no acudió a abrir la crisis que habría cambiado el semblante de la política y de la vida española?;* Portela Valladares, M.; (1988), *Memorias*, p. 221.

<sup>46</sup> Extracto de *La Vanguardia*, del 17 de julio de 1936.

Esta reunión permitió asegurar más si cabe el rechazo unánime de todos los posicionamientos de derecha a la persona de Casares Quiroga. Un elemento que también hay que tener en cuenta en el escenario de las horas posteriores. En este momento concreto del 15 de julio, todo el rumbo del panorama político se centró en una única cuestión, necesaria e indispensable para continuar manteniendo alguna esperanza de la supervivencia del debate público: el relevo inmediato de Casares Quiroga:

Las invocaciones de Prieto a la convivencia no fueron escuchadas por Vallengano, representante de los monárquicos. Su discurso, escrito, lo puso en manos de la presidencia. Cumplido ese deber que le habían confiado sus correligionarios, abandonó el salón. Antes de que la puerta se cerrase tras él, se le requirió para que ayudase con su presencia a encontrar una avenencia que ahorrara a España las horas amargas que le estaban prometidas por un destino adverso. El Conde de Vallengano se volvió hacia los reunidos y cortésmente, pero con firmeza, contestó:

-Ya es tarde; no se puede intentar avenencia alguna...

Supeditaban la posibilidad de una colectiva renuncia de rencores a la sustitución inmediata del gobierno del señor Casares Quiroga, por otro que, con colaboraciones diversas, constituyese una garantía de respeto legal y tranquilidad social. La conciliación a que los señores Cid y Ventosa se sentían inclinados, por muy bondadosamente que se valorase, carecía de todo precio y era imposible especular con ella. La única voz que interesaba escuchar se había pronunciado y había cerrado todos los caminos a la esperanza<sup>47</sup>

Entonces, ante esta situación, ¿por qué Azaña no dio el paso de aceptar la dimisión de Casares? No era tan difícil aceptar una dimisión que ya se encontraba puesta en marcha el día después de la muerte de Calvo Sotelo y que había sido reafirmada parlamentariamente el 15 de julio en el debate de la Permanente de manera tan drástica, precisa y radical. Pero ello ponía la pelota en el tejado de Azaña: se necesitaba alguien que lo sustituyera y el abanico de candidatos que encajaran no era tan amplio. Sin embargo, la apuesta se había planteado de manera clara: los grupos conservadores sólo podían permitir opciones de debate político si Casares desaparecía de la Presidencia del Consejo.

## **5. La conspiración en marcha: el tópico de la desinformación.**

Hemos comentado en las páginas anteriores esta operación combinada, a derecha e izquierda, de acoso y derribo del Presidente del Consejo Casares Quiroga. Pero de lo que aún no hemos hablado más que colateralmente es de lo que verdaderamente animaba la percepción de violencia política subterránea de estos meses de gobierno de Casares: la preparación de una sublevación militar en marcha. Evidentemente todos conocemos ya que este golpe no se creó a partir de la fecha de la muerte de Calvo Sotelo. Esta presión nunca dicha expresamente, ese run-run conspirativo, ese rumor constante de la salida de las tropas a las calles fue una constante desde el

---

<sup>47</sup> Zugazagoitia, J.; (1977), op. cit., pp. 41-42.

mismo día de la victoria electoral del FP. Incluso antes en la forma de un golpe ‘blando’<sup>48</sup>. En las sedes de algunas divisiones generales la vigilancia sobre sus mandos se realizaba por turnos desde los últimos días de febrero, y el Gobierno recibió constancia de conversaciones y planificaciones previas en los meses de marzo, abril y, finalmente, de julio<sup>49</sup>. El golpe fue de todo menos sorpresivo.

El descabezamiento de la estructura conspirativa de una sublevación militar para mediados de abril de 1936, es lo suficientemente importante como para demostrar que el Gobierno, contrariamente a lo que se indicó de aquella y se siguió manteniendo en algunas memorias, estaba enterado de esta situación. El traslado durante los gobiernos del FP de los mandos militares más presentes en la estructura de poder militar de los gobiernos de derecha, sobre todo bajo el mandato como Ministro de la Guerra de Gil Robles y la sustitución de los Capitanes Generales por elementos afines permitió que en el momento del golpe no estuvieran implicados más que un Jefe de División y dos de Comandancias Militares, siendo la sublevación una operación protagonizada sobre todo por mandos intermedios<sup>50</sup>.

La opinión del socialista Vidarte sobre el volumen de información que tenía el Gabinete sobre los movimientos en los cuarteles no ofrece lugar a dudas. Los factores de gobernabilidad se entrelazaron en este momento preciso con las acciones conspirativas:

No debe hacerse a nadie la inculpación, que ello sería inmensa bellaquería, de que hubiese en España un solo republicano amigo de Azaña, de Martínez Barrio o de Casares que creyese probable la guerra civil. Todos estaban enterados de la conspiración militar, pero creían... que bastaría que el país supiese que iban a gobernar los republicanos, sin los socialistas, no sólo descartados de los puestos claves sino de los ministerios, subsecretarías, direcciones generales, gobiernos civiles, etc. para que toda aquella conspiración quedase convertida en fogata de viruta<sup>51</sup>

La idea de Azaña durante los meses de gobierno de Casares era desactivar la presencia de los socialistas en el Gabinete, lo que se expresó desde la composición de la misma. Y había varias razones: el recuerdo de lo ocurrido en el primer bienio republicano con la deserción de los socialistas del Gobierno; la desactivación del discurso de la derecha de que hacían el juego con el sindicalismo socialista en el mismo Consejo de Ministros; el crecimiento de la imagen de poder de

---

<sup>48</sup> Ver Grandío Seoane, E.; (2013) ‘Rumores a gritos: ruido de sables contra el Frente Popular (febrero-mayo 1936)’, en Prada, J.- Grandío, E. (coords.), *La Segunda Republica: nuevas miradas, nuevos enfoques*, en Dossier Hispania Nova, Nº 11, Revista Historia Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid (<http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d012.pdf>)

<sup>49</sup> Sobre estos movimientos de los cuarteles desde el mes de febrero ver Grandío, E. (Ed.), (2007), *Anos de odio. Golpe militar, guerra e represión na provincia da Coruña (1936-1939)*, Deputación Provincial da Coruña, pp. 33-40.

<sup>50</sup> *Ciertamente, salvo Miguel Cabanellas en Zaragoza, ningún jefe de División Orgánica se sublevó. Si lo hicieron los jefes de las dos comandancias insulares, Baleares y Canarias*; Arostegui, J.; (2006), op. cit., p. 187.

<sup>51</sup> Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., p. 127.

la propia IR, que tenía en los socialistas a sus principales aliados pero también a sus principales competidores en la captación de espacio político local y parlamentario; la no inclusión en el Gabinete de decisiones de partido que podían provocar desestabilizaciones en la actividad de los gobiernos, como ocurrió con la fallida propuesta de Prieto... Como vemos, no estaban exentos de razones, tanto internas como de imagen exterior<sup>52</sup>. Pero los socialistas siguieron comunicándose con Casares, advirtiendo del peligro de la sublevación<sup>53</sup>.

En estas conversaciones previas, según las fuentes consultadas, observamos tres elementos reiterados. En primer lugar, la idea siempre expresa de Casares de no ir directamente contra los planes de la sublevación y esperar a que esta se produjese y saliesen las redes clandestinas a la luz, con el objetivo de tener una mejor observación del terreno. Es evidente que en este planteamiento influyó de manera importante el proceso ocurrido sólo cuatro años antes –y de manera exitosa- con la sublevación de Sanjurjo.

En segundo lugar, la convicción de que el Ejército se mantendría fiel a la República en caso de un llamamiento a la insurrección. Los cambios en la estructura militar realizados desde el Ministerio de la Guerra en los meses iniciales del gobierno del FP apoyaban en principio esta tesis.

Por último, el deterioro progresivo de las relaciones personales entre Casares y el emisario socialista, Indalecio Prieto, que empeoraban a cada reunión, incluso con observaciones personales y enfrentamientos casi de carácter físico<sup>54</sup>. Aquí los caracteres personales jugaron un papel más decisivo que en otras circunstancias<sup>55</sup>.

---

<sup>52</sup> De esta idea era también Martínez Barrio:

*La voluntad del presidente del Consejo, constantemente manifestada, de dirigir la política del gobierno sin otras colaboraciones que las de sus compañeros de gabinete, evitaba cualquier intromisión por justificada que pareciera;* Martínez Barrio, D.; (1983), op. Cit., p. 343.

<sup>53</sup> Parece que era Prieto el que insistía en la idea de seguir informando a Casares, como le confesaba en una conversación de estos días a Zugazagoitia:

*Lo lamentable del incidente... no es el incidente en sí mismo, sino la absoluta ignorancia de las cosas en que está viviendo Casares. Su confianza en la obediencia de los militares es lo único que me preocupa;* Zugazagoitia, J.; (1977), op. cit., pp. 41.

<sup>54</sup> Llegó a tal calibre la tensión entre ellos en estas fechas de que tras una reunión entre Prieto y Casares, este agarró cuando salían los socialistas a Vidarte y tuvo lugar la siguiente conversación:

*-Mire, Vidarte, yo estimo mucho a Prieto, pero ni a él ni a nadie le soporto impertinencias. Para mí vale mucho la opinión del Partido Socialista, pero cuando tengan ustedes algo que decirme que no venga Prieto. Será mejor para todos.*

*Cuando salí del despacho del Ministro estaban esperándome en el pasillo Prieto y Cordero.*

*- ¿Que le quería a usted ese mequetrefe? –me preguntó Prieto-. No saben ustedes el esfuerzo que he tenido que hacer para no darle dos hostias;* Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., p. 148.

<sup>55</sup> El carácter de Casares era retratado así por uno de sus hombres confianza en la organización gallega, Emilio González López:

*Casares Quiroga era persona de difícil comunicación, que, en gran parte, partía de la desconfianza que tenía de sí mismo y de la mayor desconfianza que sentía por los demás. Sólo se sentía a gusto con las personas que le seguían ciegamente; sin discutir ninguna de sus ideas o actuaciones;* en González López, E.; (1989), *Memoria de un Diputado de las Cortes de la República (1931-1938)*, Edición de Castro, Sada, p. 7.

Era aquella una situación complicada para mantener no sólo el Gobierno sino la propia mayoría parlamentaria del FP e incluso las funciones del Parlamento en sí, con un proceso insurreccional en marcha a la que sólo faltaba poner fecha y hora. En ese contexto, no parece descabellada la hipótesis planteada por Portela Valladares. El golpe era una posibilidad, inicialmente contradictoria, una solución a la continuidad del Gabinete, ya que tras su fracaso provocaría presumiblemente un cierre de filas en torno al Gobierno republicano de todas las fuerzas democráticas. Era un tanteo a la desesperada, pero aquella situación institucional también lo era, especialmente tras la muerte de Calvo Sotelo<sup>56</sup>. Así expresaba esta idea Portela:

Parece que Casares y el Presidente de la República, creíanse al tanto de lo que iba a venir, y estimaban que fácilmente dominarían el conflicto, quedando con esta victoria en más fuerte posición política que nunca. Pensaban que iba a repetirse aquel 10 de agosto, ligeramente concebido y descabelladamente realizado, donde sin hacer nada, el Gobierno resultó vencedor...

El informador ya aludido... me afirmó su convencimiento de que Casares –que ante todo temía las acusaciones en el Parlamento por el asesinato de Calvo Sotelo- veía con esperanza y satisfacción que estallara el movimiento militar, para presentarse en las Cortes luego, a recoger los aplausos del vencedor...

Debe creerse, pues, que Azaña-Casares habían formado el plan de vencer fácilmente la rebelión militar, y sólo salieron de él cuando las aguas subían hasta ahogarlos<sup>57</sup>

Zugazagoitia también insiste en sus memorias en este planteamiento:

Casares Quiroga... prefería esperar los acontecimientos, persuadido de que los dioses propicios conservarían la República y le preservarían a él, que tenía la responsabilidad de gobernarla, de un tan terrible disgusto como el que augurábamos los socialistas. Sostenía, entre sonrisas de buen humor, ideas que había recibido, probablemente en contagio, y decía ‘que no había que agrandar los ecos ni multiplicar los rumores’. Como Azaña, de quien no tenía la intuición, creía saber lo que se podía y no podía temer de los militares. Presumía de saber lo que no sabía. Sólo nos quedaba por esperar que si le tiraban la silla, él arrojase la mesa, dando efectividad a una vieja promesa que los diputados gubernamentales habíamos oído enunciar, pero no cumplir<sup>58</sup>

Esta tesis parece común para algunos observadores de excepción. Así resultaba para el Gobierno necesario difundir el grado de fidelidad del Ejército con declaraciones públicas constantes de confianza en sus mandos y establecer una línea comparativa en la actuación de los mismos protagonistas en el golpe del 10 de agosto de 1932.

---

<sup>56</sup> *El gobierno juzgó necesario tratar a los militares con una corrección constitucional que en contadas ocasiones mostró hacia los derechistas... Existía por parte de muchos oficiales una manifiesta reticencia a unirse a cualquier rebelión y de no haber sido por los traumáticos acontecimientos de la noche del 12 al 13 de julio, las cosas podrían haber resultado más o menos como el gobierno calculaba;* Payne, Stanley G.; (2006), *El colapso de la República. Los orígenes de la guerra civil (1933-1936)*, La Esfera de los libros, Madrid, p. 504.

<sup>57</sup> Portela Valladares, M.; (1988), *Memorias*, p. 222-223.

<sup>58</sup> Zugazagoitia, J.; (1977), op. cit., p. 46.



Mas testimonios personales –insertos siempre ‘a posteriori’- sobre la información que ya tenía Casares sobre la sublevación. Portela Valladares transcribió una conversación con Barcia, quien tras regresar de un viaje a Ginebra en junio de 1936, le indicó expresamente a Casares “el plan de la sublevación con la cooperación de Alemania e Italia que había sido sorprendido allí: No me hizo caso.”<sup>59</sup>

Pero cómo no iba a tener información suficiente de estos movimientos el Ministro Casares, si hasta el mismo General Franco -miembro destacado del Estado Mayor Militar con Gil Robles, ya en esos días Comandante Militar en Las Palmas- se comunicó con él a este respecto. Es famosa su carta fechada el 23 de junio en la que hacía al Presidente del Gobierno varias advertencias, de la que extraemos alguna de ellas:

Es tan grave el estado de inquietud que en el ánimo de la oficialidad parecen producir las últimas medidas militares, que contraería una grave responsabilidad y faltaría a la lealtad de vida, si no le hiciese presente mis impresiones sobre el momento castrense y los peligros que para la disciplina del Ejército tienen la falta de interior satisfacción y el estado de inquietud espiritual y material que se percibe...

No le oculto a Vuestra Excelencia el peligro que encierra este estado de conciencia colectivo en los momentos presentes, en que se unen las inquietudes profesionales con aquellas otras de todo buen español, ante los graves problemas de la patria.

Apartado muchas millas de la península, no dejan de llegar hasta aquí noticias por distintos conductos, que acusan que este estado, que aquí se aprecia, existe, igualmente, tal vez en mayor grado, en las guarniciones peninsulares e incluso entre todas las fuerzas militares de orden público<sup>60</sup>

Poco más directas y claras se podían decir las cosas.

Algunas otras medidas tomadas desde el Gobierno prueban que las advertencias habían sido bien recibidas, como en el caso de la protección armada que se le ofreció al Embajador estadounidense en España hasta la frontera de la provincia de Toledo a mediados de este mes de julio. Así lo indicaba este en sus memorias: “Después supe que estas precauciones se tomaron por miedo a un levantamiento armado, aunque casi nadie creía que el conflicto estallara antes de octubre.”<sup>61</sup>

---

<sup>59</sup> Portela Valladares, M.; (1988), *Dietario de dos guerras*, p. 133. En idéntica tesis insistía un artículo del diario socialista *Claridad* del 7 de julio:

*Existe una conjura de la que ya tienen el hilo de la trama las autoridades, en la que interviene toda la amalgama propicia a implantar un régimen dictatorial igual o parecido a los que imperan en Italia y Alemania;* Citado por Fernández Santander, C.; (2000), op. cit., p. 223.

<sup>60</sup> Reproducida en Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., pp. 334-335.

<sup>61</sup> Bowers, C.G., (1966), *Misión en España: en el umbral de la Segunda Guerra Mundial, 1933-1939*, Grijalbo, México, p. 246.

A la vista de los testimonios aportados parece que el Gobierno tenía suficiente información de la sublevación. Escogió elegir la fórmula que le había dado éxito en 1932 en circunstancias semejantes, manteniendo una imagen externa de tranquilidad<sup>62</sup>. Como indica Julio Aróstegui:

El gobierno tenía información y suficientes elementos de juicio sobre lo que se tramaba, como los tenía en abundancia, y los puso a disposición de ese gobierno 'el hombre mejor informado de España', Indalecio Prieto. Casares Quiroga y sus ministros se negaron a indagar a fondo la verdadera entidad de la conjura. No bastaba, evidentemente, con proceder a un precipitado cambio en los destinos de los militares, o actuar como denunciaba, mendazmente, desde luego, Franco en su carta al presidente de 23 de junio. Una confianza suicida o, tal vez, el miedo a confesarse a sí mismos cual era el verdadero peligro que amenazaba –si 'revolución' antes que 'contrarrevolución'– llevó a los republicanos en el poder, y al propio presidente, Manuel Azaña, a adoptar la actitud menos indicada para la pervivencia de la República<sup>63</sup>

## **6. Reacciones ante las primeras noticias. 16 y 17 de julio.**

Al día siguiente de la reunión de la Diputación Permanente de las Cortes, el día 16 por la mañana, estuvo reunido todo el Consejo de Ministros -incluyendo a su Presidente- desde las 12 hasta las 2 de la tarde. La tónica de sus discusiones fue la esperada: no se dió ningún tipo de información sobre sus debates. El Presidente de las Cortes, Martínez Barrio convocó a las Cortes a todos los jefes de minorías para el día siguiente, 17 de julio, para que el debate parlamentario se reanudase por sus cauces democráticos, después de la dramática sesión de la Permanente.

Pero la consideración de la presión sobre el Gobierno republicano había cambiado dentro de las formaciones de apoyo al Gobierno, sobre todo la socialista. Independientemente de las cuestiones personales se entiende que la defensa del Gobierno democrático del FP era una cuestión que competía a todos los partidos integrantes de la coalición electoral convertida en gubernamental. Al día siguiente de la celebración de la Permanente, Casares ya tenía noticia del giro socialista en torno al apoyo a su Gabinete. Y a pesar de la mala imagen que el Presidente del Gobierno presumiblemente podía tener entre sus bases sindicales, de la nula capacidad de comunicación con Prieto y de la inexistencia de ministros acorde con sus intereses. El Gabinete Casares intentaba recomponer en este día los lazos rotos, según indicaba el periódico *ABC*:

---

<sup>62</sup> De esta opinión era Mariano Ansó:

*Casares era un impulsivo, pero no un imbecil. Cuando repetía una y otra vez que el Ejército cumpliría con su deber de obediencia al poder constituido, es porque tenía en sus manos bazas seguras y garantías de firme adhesión...*

*Hay que reconocer los serios fundamentos que asistían al jefe del Gobierno y ministro de la Guerra Casares Quiroga cuando afirmaba una y otra vez que el Ejército cumpliría con su deber de fidelidad al régimen;* Ansó, M.; (1976), op. cit., p. 135.

<sup>63</sup> Aróstegui, J.; (2006), op. cit., p. 185.

Esto no quiere decir que el Gabinete Casares Quiroga no sienta una imperiosa necesidad de conocer, en todo su alcance, la confianza que merece a los grupos parlamentarios del Frente Popular. Se siente fortalecido por la posición que han adoptado los representantes de las minorías marxistas, ya que le han ofrecido su incondicional apoyo, dentro y fuera del Parlamento<sup>64</sup>

En la tarde del día 17 el Consejo de Ministros se reunió en el Ministerio de la Guerra. A esa misma hora, Largo Caballero, el líder de la UGT, estuvo en el Ministerio de Gobernación<sup>65</sup>. La noticia ya había saltado: una parte del Ejército de Marruecos se había sublevado contra la República<sup>66</sup>. Se dio orden de acuartelamiento a todas las fuerzas de la Guardia Civil y se notifica el hecho a las fuerzas de Guardias de Asalto y Seguridad, además de Carabineros. *La Vanguardia* lo relató de esta manera días más tarde: “Toda la noche del viernes transcurrió en una gran zozobra, pues los rumores que corrían por la población afirmaban con insistencia que era inminente la sublevación de las fuerzas militares de la Península”<sup>67</sup>

Aquella insurrección militar no tenía visos de ser algo aislado. Por sí misma carecía de entidad para poner en jaque al Gobierno. El momento que había aguardado en silencio –que no inactiva visto el trasiego de mandos militares en estos meses- la cúpula gubernativa del FP parecía que había llegado. Al mismo tiempo el reagrupamiento de filas de los líderes socialistas en torno al Gobierno presagiaba un entorno más favorable al de unos días antes. No sólo por la visita de Largo Caballero a Gobernación, sino por la diferente actitud tomada por la Ejecutiva del PSOE que se plasmó horas más tarde. Pero la consigna oficial de ‘silencio’ se mantuvo: nadie habló a la salida del Consejo de Ministros de la sublevación. Internamente, y a pesar de la imagen externa de tranquilidad aparente que se pretendía difundir en los medios, Casares intentó algunas acciones. De hecho se comunicó con el General Gómez Morato que se encontraba en Larache para que fuera a Tetúan y le informase. Los medios intentaron entrevistar a Casares para que les diese información de lo ocurrido. Todo ello sin resultado: “se cree que estará en palacio con el Presidente de la República”<sup>68</sup>.

---

<sup>64</sup> ABC, edición de la mañana, del 17 de julio de 1936.

<sup>65</sup> *La Voz* (Madrid), del 18 de julio de 1936.

<sup>66</sup> La noticia de la sublevación de los cuarteles de Africa llegó en el mismo momento del Consejo:

*Casares interrumpió el Consejo y nos dijo: ‘Antes de seguir adelante quiero darles a ustedes una noticia que permita que el consejo de hoy se termine lo antes posible’. Sacó después un comunicado que nos leyó, que escuetamente venía a decir que la guarnición de Melilla se había sublevado hacia las tres de la tarde. Todos nosotros nos quedamos lívidos, asustados. Uno de los ministros empezó a sollozar sin poder contener las lágrimas; Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., p. 256.*

<sup>67</sup> *La Vanguardia*, del 28 de julio de 1936.

<sup>68</sup> Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., p. 233.

Y allí se encontraba. El secretario personal de Azaña menciona en sus memorias que este despachó de manera urgente con Casares en la tarde del 17 de julio, al conocer la noticia de la insurrección militar. Escribe lo siguiente:

Llegamos a palacio con don Manuel y de inmediato aparecen en escena Casares y jefes de partidos políticos afectos al régimen. El encuentro del jefe del Gobierno con el del Estado ha sido más bien frío, a pesar del afecto y la amistad que los unen. Han debido salir a relucir, sin duda, advertencias y temores que este último expresara en audiencias anteriores, pues en varias ocasiones le oí lamentarse de que aún no se hubiesen tomado más precauciones que las hasta entonces adoptadas ante los insistentes rumores que corrían del inminente golpe militar. Advertencia que sin duda molestara a don Santiago, pues venía espaciando más de lo que acostumbraba sus despachos con el presidente<sup>69</sup>

El hecho de “espaciar más de lo que acostumbra” la realización de los despachos con Azaña pudo venir motivado por la sensación de lo ocurrido en las horas anteriores, tras la entrega de carta de dimisión de Casares y el tiempo de reflexión adoptado por Azaña. Pero todo se aceleró a partir de aquel momento. De hecho, la relación personal que se cita en este texto parece expresiva de un desencuentro de opiniones, bien por la situación irregular de dimisión no aceptada todavía o por discrepancias a la hora de acometer decisiones entre los dos sobre este tema. En el supuesto de que esto último se produjera, era lo último que podía pretender Azaña con la designación de Casares, escogido precisamente para evitar diferencias en lo posible.

En esta reunión entre Azaña y Casares se realizó una primera planificación de respuesta a las acciones iniciales de la sublevación, pero sin contar con el apoyo de las masas sindicales. Así lo narra Carlos Fernández Santander:

La realidad fue que el día 17 de julio, en la tarde-noche, cuando Casares recibió la noticia de la insurrección militar en Marruecos, se fue, en vez de a la cama, a despachar urgentemente con el presidente Azaña. Allí estaban también otros militares, como el general Pozas, que horas después desempeñará el Ministerio de Gobernación, y prepararon un plan urgente para contrarrestar el alzamiento. Plan que, a la vista de lo ocurrido, no fue todo lo acertado que preveían, pues tanto Casares como Azaña se oponían radicalmente a entregar armas a la población, y así se hizo constar en todas las conversaciones telefónicas y telegramas enviados a los Gobiernos Civiles de toda España<sup>70</sup>

Los hechos constatados hasta la fecha del día 17 –independientemente de la impresión generalizada en la mayoría de las fuerzas políticas y sindicales- hacían pensar que una sublevación militar focalizada en Marruecos, sin pasar a la península, tendría muy poco que hacer para amenazar a la República, considerando el control ejercido en el Estrecho por la Marina

---

<sup>69</sup> Martínez Saura, S., (1999), *Memorias del Secretario de Azaña*, Barcelona, Planeta, p. 404.

<sup>70</sup> Fernández Santander, C.; (2000), op. cit., p. 241.

republicana<sup>71</sup>. Esas son las cuentas que se hacen. Era un riesgo asumible que no aconsejaba todavía armar a los obreros como se estaba a demandar de manera constante.

La primera comunicación oficial de Gobernación del día 18 de julio siguió incidiendo en un control localizado de la situación crítica mientras no se extendiera a las distintas guarniciones de la península, en donde se estaban realizando de manera paralela un permanente movimiento de contactos tras la llamada de Marruecos. A las ocho y media de la mañana se envió esta comunicación, de la que extraemos el párrafo central para el análisis de la percepción de aquellas horas. Tras una primera justificación de la tardanza de la comunicación oficial se decía lo siguiente:

El Gobierno no ha querido dirigirse al país hasta tener conocimiento exacto de lo sucedido, y poner las medidas para combatirlo. Una parte del Ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado en armas contra la República, sublevándose contra su propia patria, realizando actos vergonzosos contra el Poder nacional. El Gobierno declara que el movimiento está circunscrito a determinadas ciudades de la zona del protectorado y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la península a tan absurdo intento<sup>72</sup>

La presión en las calles al conocerse las noticias fue permanente y notoria a lo largo de todo el día 18. *El Socialista* manifestaba en sus páginas que lo difícil aún estaba por llegar:

Si atendemos a nuestras noticias, nunca más exactas, el régimen va a cubrir una prueba difícil, con la que hace tiempo era amenazado. No mostramos alborozo porque se confirmen los avisos que reiteradamente hemos venido publicando. Tampoco estamos bajo la pesadumbre de lo que no tiene corrección<sup>73</sup>

Vidarte y Cordero, como representantes de la Ejecutiva del PSOE fueron a entrevistarse con Casares a las diez de la mañana de ese día 18. La sensación que recibieron de Casares al entrar en la puerta de su despacho, en cuya antesala había numerosos jefes y oficiales, fue de ‘excitación’<sup>74</sup>. Tras una tarde del día 17 en el que todo el mundo quería hablar con Casares, este los recibió. Realmente, en estas horas cruciales con quien más dialogó el Jefe de Gobierno, al margen del propio Presidente de la República, fue con los socialistas. La ejecutiva socialista ofreció su apoyo incondicional a Casares y le solicitó que les encargase trabajo.

---

<sup>71</sup> *La prematura revelación precipitó la rebelión en el Marruecos español justo antes de las cinco de la tarde del viernes 17 y Casares Quiroga reunió al Consejo de Ministros algo más tarde. Según la mayoría de los informes, Casares admitió la posibilidad de que los rebeldes se hicieran con el Protectorado de Marruecos, pero profetizó correctamente que una marina leal les impediría alcanzar la península;* Payne, Stanley G.; (2006), op. cit., p. 527.

<sup>72</sup> *El Financiero* (Madrid), del 18 de julio de 1936.

<sup>73</sup> Citado en *El Pueblo Gallego*, del 19 de julio de 1936.

<sup>74</sup> Un testimonio del interior del Ministerio le comentó las siguientes reflexiones a Zugazagoitia de esas horas:

*Aquel Ministerio... es una casa de locos, y el más furioso de todos es el ministro. No duerme, no come. Grita y vocifera como un poseído. Su aspecto da miedo, y nome sorprendería que en uno de los muchos accesos de furor se cayese muerto con el rostro crispado por una última rabia no manifestada;* Zugazagoitia, J.; (1977), op. cit., p. 58.

Es evidente que en este contexto de desconocimiento de hasta dónde podía llegar la sublevación y la movilización en la calle el tema era uno: las armas. De hecho, la respuesta elegida seguía siendo la misma: la indefinición en la postura a tomar. Según las memorias de Vidarte, estas fueron las explicaciones de Casares a la comisión de la ejecutiva socialista en la mañana del día 18:

Yo no puedo dar órdenes de que se arme al pueblo. Es muy sencillo eso de repartir armas. Me bastaría llamar ahora a los gobernadores y decir que las entreguen, ya que en todos los gobiernos civiles las hay en abundancia, pero ¿a quienes van a ir a parar esas armas?, ¿qué uso se va a hacer de ellas?...

¿Y es que puede usted responderme de los anarquistas, de los comunistas, de las juventudes unificadas? ¿Es que puede usted asegurarse que toda España no se va a convertir en lo que fue Asturias en el mes de Octubre?...

Creo que ya les dije a ustedes que el gobierno cuenta con medios para dominar la sublevación, sin necesidad de hacer locuras, ni de que arda el país; seguiremos hablando<sup>75</sup>

Portela observó así esta actitud en la dirección de la República:

Azaña quería cerrar la puerta a la revolución; a aquella revolución tan jaleada y declamada por él, como amenaza para los unos y como promesa para los que tomando en serio la terrible palabra se disponían a la implacable batalla<sup>76</sup>

## **7. El 18 de julio. La dimisión. Alternativas a Casares: Martínez Barrio y Giral.**

A partir del mediodía del día 18 la política de silencio informativo ya no era suficiente. Estos fueron los momentos decisivos en donde se comenzaron a recibir las primeras noticias de que la insurrección de Marruecos iba a tener su continuidad en algunos cuarteles peninsulares. Parece como si la insistencia en la información se convirtiera en un elemento estratégico provocado de manera intencionada para cambiar en la calle la impresión generalizada de una ‘desidia’ gubernamental. Ahora no había plazos: la sublevación estaba en marcha y había que cerrar filas en defensa del gobierno. La primera nota en este sentido fue emitida a las tres menos cuarto de la tarde con el objetivo de desmentir las noticias que por radio se difundían desde las zonas controladas por los militares, insistiendo en difundir una imagen de desorden en los territorios sublevados frente a una ‘oficial’ tranquilidad en la República:

Comprendiendo que su movimiento ha quedado aislado y fracasado, se esfuerzan, los que con olvido de promesa por su honor, han comprometido los intereses patrios, en divulgar que quedan en poder de los sublevados los Ministerios de la Guerra y Gobernación, y otras falsedades como éstas. El público puede juzgar de la situación de aquellas gentes que quieren disimular las divisiones y el desbarajuste que entre ellos reina, con mentiras y falsedades como las indicadas<sup>77</sup>

<sup>75</sup> Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., pp. 237-238.

<sup>76</sup> Portela Valladares, M.; (1988), *Memorias*, p. 225.

<sup>77</sup> *La Libertad*, del 19 de julio de 1936.

Media hora más tarde se emitió otra en la que se insistía en la adhesión a la República de varias guarniciones, dando por hecho la derrota de la sublevación militar, y destacando la fortaleza del Gobierno:

Gracias a las medidas de previsión que se han tomado por parte de las Autoridades puede considerarse desarticulado un amplio movimiento de agresión a la República, que no ha encontrado en la Península ninguna asistencia y sólo ha podido conseguir adeptos en una fracción del Ejército que la República española mantiene en Marruecos...

El Gobierno ha tenido que tomar en el interior, radicales y urgentes medidas, unas ya conocidas, las otras culminan en la detención de varios generales, así como de numerosos jefes y oficiales comprometidos en el movimiento...

Estas medidas... permiten afirmar que la acción del Gobierno bastará para restablecer la normalidad<sup>78</sup>

Si analizamos con cuidado esta última nota oficial reconocemos dos novedades: la insistencia reiterada en sus palabras de la fortaleza del Gobierno –lo que puede tomarse entre líneas como un signo de debilidad- y la alusión constante a la extensión de la sublevación, circunstancia conocida pero no ‘oficializada’ hasta ese momento.

Fue precisamente en este momento crítico cuando Azaña decide cambiar de hombre en la jefatura del Gobierno. La argumentación, la prevista días antes: aceptar la dimisión de Casares. Entre cinco y media y seis y media de la tarde tuvo lugar otra reunión del Consejo de Ministros en el Ministerio de la Guerra. No hicieron ninguna declaración posterior a la salida, pero se filtró la presencia de la Comisión Ejecutiva del PSOE en el Consejo para conferenciar con Casares. Parecía que entonces Casares se presentaba ahora para los socialistas como la opción más factible para sus objetivos, entre ellos no olvidemos, el de dotar de armas al pueblo. El apoyo incondicional prestado horas antes al Gabinete, “dentro y fuera” del Parlamento, se tradujo institucionalmente en cambiar su anterior línea de oposición y prestar una colaboración absoluta. Martínez Barrio comenta en sus *Memorias* que el Partido Socialista “horas antes de la crisis había aceptado una participación en el gabinete del señor Casares Quiroga”<sup>79</sup>. Pudo ser en ese momento o en uno anterior cuando se produjo este ofrecimiento, pero la escena de la entrevista de la Ejecutiva socialista con Casares fue plasmada por Vidarte:

Casares está derrumbado en su butaca. Con los ojos hundidos hasta parecer casi imperceptibles, nos mira fijamente, sin articular palabra. La mesa está llena de papeles en desorden y de teléfonos descolgados; sobre el suelo veo uno de ellos tirado y con el cable roto. Cordero y yo nos hemos quedado de pie frente a él, sin acertar a pronunciar palabra:

Casares.- ¿Qué quieren ustedes que les diga? Toda España está sublevada. Llamo a los cuarteles y nadie me responde. Ya no nos queda más salida que morir cada uno en su puesto...

---

<sup>78</sup> *El Financiero*, del 18 de julio de 1936.

<sup>79</sup> Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., p. 360.

Entiéndanse ustedes con mi sucesor. ¡Quien sabe si serán ustedes mismos! Yo estoy dimitido. Hace dos horas se lo he dicho al Presidente de la República<sup>80</sup>

Se difundieron hasta las diez de la noche de ese sábado 18 hasta cinco notas oficiales más. Sobre variados puntos cada vez más concretos, pero sobre todo el papel de la importante guarnición de Sevilla en la sublevación –también aquí parece haber un recuerdo de asimilar aquellos hechos a lo sucedido en agosto de 1932, en la que había jugado un papel tan relevante- pero sin desmentir las anteriores del mediodía que extendían de manera oficial las repercusiones de la sublevación de las tropas de Marruecos a los Cuarteles peninsulares.

Y Azaña ya había pensado en el sustituto de Casares con tiempo: Martínez Barrio. De hecho, un mes antes de la sublevación Martínez Barrio ya se lo había insinuado a Portela: “No tema V. eso, puedo responderle de que a Casares seguirá una situación más moderada porque así me lo han prometido”<sup>81</sup>

La idea de la sustitución viene motivada desde los días previos por la falta de credibilidad personal del Jefe del Gabinete: lo que de hecho parece otorgarle cierto éxito al mensaje de la oposición conservadora<sup>82</sup>. Según algunos testimonios directos, y aislado del momento del golpe parece más una acción de imagen política por parte del Presidente de la República que aprovecha los momentos críticos que estaba atravesando el régimen que de ineptitud<sup>83</sup>. Pero su dimisión también pudo encontrarse en la negativa a la última solución a que se veía abocado Casares como Presidente de Gobierno: la entrega de armas. La presión de los socialistas, empeñados en sus múltiples visitas en esta única idea, así lo determinaba: recoger la única –y trascendente- ayuda y apoyo que le ofrecía PSOE y UGT. El propio Azaña en conversación con Martínez Barrio en agosto del 37 relató así aquellos momentos:

Que la solución pensada en las horas difíciles del 17 de julio, fuese posible o imposible, dependía de que comprendiesen la situación unas docenas de personas... Se creyó que era el momento de un gran avance político y social, confundiendo lastimosamente los tiempos: o sea, el tiempo actual de defenderse contra la rebelión, y el tiempo venidero de sacar de ella las consecuencias inevitables<sup>84</sup>

---

<sup>80</sup> Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., pp. 248-249.

<sup>81</sup> Portela Valladares, M.; (1988), *Dietario de dos guerras*, p. 77.

<sup>82</sup> De hecho algunas fuentes informaron a posteriori de que la impresión en aquel momento era que *el movimiento estaba especialmente dirigido contra el señor Casares Quiroga*, en lo cual no es difícil observar la continuidad respecto de las críticas de la derecha política de semanas anteriores; *La Vanguardia*, del 28 de julio de 1936.

<sup>83</sup> *Las organizaciones políticas proporcionan datos de lo que ocurre en los cuarteles. A medida que pasan las horas Casares está en una situación más difícil con el presidente, pues muchas de las cosas que éste le dijera sobre tal o cual militar relacionadas con la conjura de las que don Santiago estaba enterado, pues no está ciego, y le sobra capacidad para ocupar el cargo que tiene, vienen confirmándose. Su dimisión era obligada y se ha producido en las primeras horas de esta noche; todo el mundo le hace responsable de lo que está pasando, olvidándose de los errores de los demás. Yo le tengo por hombre valiente y hasta suicida;* Martínez Saura, S., (1999), op. cit., p. 406.

<sup>84</sup> Ídem, p. 416.



La aceptación política de la dimisión de Casares, anticipada desde días antes, se reafirmó ante la sublevación militar. Esta aceptación por parte de Azaña de la dimisión deriva la decisión en el responsable último, el Presidente de la República, que se niega de manera efectiva a dotar de armas al pueblo. De hecho, si se analizan las primeras decisiones del nuevo Jefe de Gabinete se reafirma esta tesis. Al caer la noche Azaña notificó a Martínez Barrio cuáles eran los términos del encargo:

Quería se formara un ministerio donde estuvieran representadas las fuerzas políticas y sociales afectas a la República, con la exclusión por la derecha de Acción Popular y Lliga Catalana, y por la izquierda, de los comunistas<sup>85</sup>

La transmisión de poderes se negoció a varias bandas, en reuniones que se mantuvieron esa misma noche en el Ministerio de la Guerra entre Martínez Barrio, el propio Casares, miembros del Gobierno y también las ejecutivas de PSOE y UGT, es decir, las dos cabezas del socialismo: Prieto y Largo Caballero. Esta era la conclusión que dejó Casares en el momento de ceder el poder:

El presidente del Consejo estaba deshecho y nos ha confesado claramente que no tenía medios para resistir la sublevación. Nos ha referido las visitas que Cordero y tú le habíais hecho pidiendo que se armase al pueblo, y Largo Caballero ha dicho que era de la misma opinión y que puesto que el gobierno no se comprometía a acabar con los sublevados, no había otra solución que entregarle el poder al pueblo para que este defendiese a la República<sup>86</sup>

De hecho, si Casares no dejaba la Presidencia del Consejo todo se dirigía a dar armas a los sindicatos. ¿Y si Casares dimitiera por no estar de acuerdo con Azaña? ¿Y si Azaña observa que no piensa lo mismo que su Jefe de Gabinete en esta crucial encrucijada? No se puede sacar ninguna conclusión al respecto sin analizar bien el contexto de aquellas horas. En las calles de toda España de este fin de semana se organizan grupos armados de origen sindical que patrullan las calles de buena parte de las principales ciudades españolas. Sólo se esperaba a que el Gobierno diera luz verde a su autoridad. De hecho, en la capital del Estado bien pudo ser que se hubiera dado inicio a la distribución de armas sin autorización expresa, como ocurrió en otras localidades de la península. Así se relataba lo ocurrido en Madrid en el día 18:

También se dio orden de constituir unas Milicias ciudadanas, tomando como base de ellas, el ofrecimiento hecho por las Milicias socialistas y comunistas. El Gobierno sacó de los diversos depósitos de los Cuerpos de Seguridad y Guardia Civil unos cinco mil fusiles, que puso a disposición de dichas Milicias. Al principio no les fueron entregadas a los individuos, sino que los fusiles fueron distribuidos en cantidades proporcionalmente adecuadas, en los diversos locales obreros y en los centros políticos de izquierda, donde se dio orden de concentrarse a los

---

<sup>85</sup> Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., p. 359.

<sup>86</sup> Vidarte, J.S.; (1977), op. cit., pp. 251-252

elementos juveniles socialistas y comunistas, así como de Izquierda y Unión Republicana, que desearan participar en la defensa del régimen frente a la sublevación<sup>87</sup>

Sólo la acción de Azaña de nombrar otro Presidente permitió retomar el mando gubernamental y negar un proceso que parecía concluir en dotar de armas al pueblo. Portela Valladares lo dice de manera muy rotunda y clara: “En la tarde del 18 acordó el Presidente Azaña, según frase conocida ‘decapitar a Casares’, al oponerse a la entrega de armas al pueblo que éste le propuso”<sup>88</sup>

La reunión de Martínez Barrio con los socialistas no era circunstancial. Concedores del apoyo que finalmente le habían prestado al Gabinete Casares, tanto Azaña como Martínez Barrio eran conscientes de la baza sustancial que representaba contar con la colaboración socialista. Pero las intenciones de apoyo al Gabinete de Casares cambian con la llegada de Martínez Barrio y retiran otra vez su colaboración, lo que inquieta notablemente a Azaña<sup>89</sup>. Es claro que los socialistas en aquel momento concreto habían apostado por una continuidad del Gobierno Casares como condición para su apoyo.

Y no sólo retiraron este sino que incluso se mostraron públicamente en contra de la sustitución de Casares. La idea de una ‘negociación’ con los sublevados planteada como prioridad en el Gabinete entrante no fue aceptada por las masas obreras<sup>90</sup>. La recepción en las calles de la noticia del nuevo Gobierno de Martínez Barrio, formado a las cuatro de la madrugada del día 19<sup>91</sup> y que había citado a todos los ministros para tres horas más tarde<sup>92</sup>, permitió que a las pocas horas, en los primeros momentos de la mañana, se formasen manifestaciones de protesta popular por Madrid. Así se despertó Madrid con la llegada del nuevo gobierno. Esto fue lo que se narró en algunos periódicos días más tarde:

---

<sup>87</sup> *La Vanguardia*, del 28 de julio de 1936.

<sup>88</sup> Portela Valladares, M.; (1988), *Memorias*, p. 225.

<sup>89</sup> *Al Presidente de la República le afectó mucho el acuerdo del Partido Socialista. No vaciló, sin embargo, y me ratificó su confianza para que constituyera gobierno*; Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., p. 360.

<sup>90</sup> *Alrededor de las cuatro de la mañana del día 19 Martínez Barrio comenzó a contactar por teléfono con los jefes de las guarniciones militares. Aunque no logró hablar con todos ellos descubrió que varios de aquellos que permanecían leales al régimen habían sido depuestos por oficiales más jóvenes. Martínez Barrio pudo hablar directamente con Mola y, posteriormente, la principal controversia en relación a su malograda iniciativa sería la relativa a los términos de su conversación. Martínez Barrio ha afirmado que se limitó a asegurar a Mola que el nuevo gobierno restauraría el orden, pidiéndole que no se sublevara. Otras fuentes afirman que fue mucho más allá, incluso hasta sugerir un acuerdo político con el ejército que podría nombrar a sus propios candidatos para los ministerios de Guerra y Marina, así como para el de Gobernación. El peso de las pruebas indica que se discutió algún tipo de acuerdo, y resulta irónico pensar que con un compromiso menor una semana antes se hubiera podido evitar la crisis*; Payne, Stanley G.; (2006), op. cit., p. 530.

<sup>91</sup> La urgencia era tal que según algunas noticias aparecidas en la formación del Gobierno se empleó media hora; *El Sol* del 19 de julio de 1936.

<sup>92</sup> Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., p. 366.

Las masas populares, que se hallaban a aquella hora invadiendo las calles de Madrid, muchas de ellas armadas con fusiles y pistolas, o acogieron al nuevo Gobierno con la adhesión que éste esperaba. Por el contrario, pronto comenzó a advertirse que entre ellas había causado pésimo efecto la nueva formación ministerial, por considerarla demasiado templada y contemporizadora. Grupos bastante nutridos de elementos populares se dirigieron a la Puerta del Sol y luego frente al Ministerio de la Guerra para significar de modo ostensible su protesta. Entonces el nuevo Gobierno deliberó y después de examinar la situación consideró que le momento no era adecuado para encargarse del Poder, y sin llegar a tomar posesión dimitió totalmente<sup>93</sup>

El Gobierno de Martínez Barrio nunca fue nombrado de manera oficial ante la presión política “dentro y fuera” del Parlamento. Ante esta coyuntura de un Gobierno no todo lo amplio que se requería y con las masas obreras –que comenzaban a armarse- en las calles, Martínez Barrio presenta su dimisión a Azaña. Este la rechaza en un primer momento, pero Martínez Barrio no dá lugar a la duda: la califica de “inmodificable”<sup>94</sup>.

En este momento Azaña necesitaba encontrar un segundo sustituto lo antes posible y lo encontró en lo más parecido al Gobierno Casares, en otro de sus hombres de confianza: José Giral<sup>95</sup>. Para reafirmar todavía más esta idea a Giral le acompaña la práctica totalidad del Gabinete Casares, con un único cambio por cuestiones personales. Sin embargo, la diferencia con el Gabinete del gallego es sustancial: aparece la posibilidad expresa de dotar de armas al pueblo. Azaña se ve abocado finalmente a esta opción<sup>96</sup>. Tras la constitución del Gabinete se publicó una nota oficial en la que se indicaba lo siguiente:

Es propósito del Gobierno mantener firmemente, sin vacilaciones ni desmayos, la defensa del régimen republicano, apoyándose en el pueblo, que con tanto calor le presta su adhesión, y aceptando agradecido su heroica cooperación...  
Compenetrados Gobierno y pueblo, nuestro triunfo definitivo nadie lo impedirá. Ciudadanos de España; ¡Viva la República!<sup>97</sup>

Y este Gobierno sí fue aprobado por los socialistas, que en la práctica obligaron al Presidente de la República a retomar la línea que parecía apuntar un Casares muy deteriorado políticamente,

---

<sup>93</sup> *La Vanguardia*, del 28 de julio de 1936. Según Zugazagoitia *la noticia de que Martínez Barrio se encargaba de la jefatura del Gobierno fue recibida con manifiesta hostilidad. A la hora, bastante avanzada de la mañana, que la recibimos los periodistas, determinó en las redacciones infinidad de comentarios hostiles*; Zugazagoitia, J.; (1977), op. cit., pp. 63-64.

<sup>94</sup> Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., p. 367.

<sup>95</sup> Las figuras de uno y otro eran muy semejantes desde la perspectiva de Azaña, como deja constancia en sus Memorias:

*Los que han querido quedarse, ahí están, y no les ha ocurrido nada. Del Gobierno que yo presidí en febrero del año pasado, ¿sabe usted cuántos ministros quedaron en España? Dos: Casares y Giral. Si alguien corría aquí peligro, era Casares. En Madrid está; Azaña, M., (1978), Memorias políticas y de guerra, Crítica, Barcelona, anotación del 17 de junio de 1937.*

<sup>96</sup> *Lo que no consintió al histórico Casares, se lo permitió al vacío Giral*; Portela Valladares, M.; (1988), *Dietario de dos guerras*, p. 40.

<sup>97</sup> ‘El Gobierno explica la tramitación de la crisis y su solución’; *El Sol*, del 21 de julio de 1936.

sobre todo tras el asesinato de Calvo Sotelo. Ese día 20 se celebraron hasta dos Consejos de Ministros. La situación había empeorado notablemente desde la noche del día 18 extendiéndose en estas horas la sublevación por buena parte de los cuarteles de la península, aprovechando la debilidad demostrada sobre todo en la toma de resoluciones por el Gobierno republicano. Sin embargo, resulta curioso constatar como el Casares teóricamente ‘culpable’ de la acción de negar armas al pueblo siguió teniendo el respaldo en su actuación, no sólo de los socialistas<sup>98</sup>, sino incluso del propio Gabinete. Al fin y al cabo, lo que hizo el Presidente de la República fue recuperar la línea gubernamental con idénticas personas, aunque eso sí, descabezando a un teóricamente desacreditado responsable máximo. Curiosamente a estas reuniones del Consejo de Ministros del día 20, asistió también el que la memoria ha colocado en este momento como el hombre más criticado, el contrario a la línea gubernamental de ese Consejo del día 20: el ex jefe de Gabinete Casares Quiroga<sup>99</sup>.

## 8. El Casares ‘cesante’. Tras la dimisión.

Y Casares, contrariamente de lo que podríamos suponer, tras estas horas no rehuyó estar cerca de las responsabilidades institucionales. Así en estos días de finales de julio realizó acciones que sólo se pueden explicar desde una convicción ideológica y un elevado grado de compromiso. Sin embargo, el retrato psicológico del personaje que nos ha quedado a través de los recuerdos reconstruidos de los testigos de aquel pasado ha determinado totalmente su imagen. La mayoría de estas interpretaciones van se pueden resumir en la frase siguiente: “Casares, abrumado por la magnitud del fracaso, actuando de miliciano suicida en los combates de la Sierra de Guadarrama”<sup>100</sup>

Pero la realidad de los datos observados no nos transmite esta sensación. Casares se encontraba en el lugar que había ocupado justo antes de entrar en el Gabinete, como referente de Izquierda Republicana, en el papel de estrategia político que tenía antes de marzo e involucrándose en la defensa de un sistema democrático amenazado por la sublevación militar. Fue Casares el que funcionó como vínculo de relación entre el Gobierno e IR, y en esta condición notificó el 23 de julio a la organización la rendición de Guadalajara<sup>101</sup>.

---

<sup>98</sup> *La constitución de este nuevo Gobierno, devolvió la tranquilidad a los grupos de elementos populares que ocupaban las calles céntricas de Madrid, aunque, en honor a la verdad, hemos de reconocer que entre estos elementos se lamentaba la ausencia del señor Casares Quiroga en la nueva formación ministerial; La Vanguardia*, del 28 de julio de 1936.

<sup>99</sup> Según noticia inserta en *La Libertad*, del día 21 de julio de 1936.

<sup>100</sup> Martínez Barrio, D.; (1983), op. cit., p. 376.

<sup>101</sup> ‘El Señor Casares Quiroga notifica la rendición de Guadalajara’; en *La Vanguardia* del 24 de julio de 1936.

Y también visitó el frente. Resulta curiosa la distinción en la información sobre la recepción de las tropas ante la llegada de dos visitas de semejante entidad política a la Sierra. Así, según las crónicas, la de Largo Caballero fue recibida “con vítores y puños en alto”, frente a la de Casares, más templada: “También fue acogida su presencia con manifestaciones de entusiasmo”<sup>102</sup>. Es evidente que la segunda denota un recibimiento más frío, pero en ella no parece implícita la idea que luego se ha difundido del peligro de un tiro por la espalda, que tiene su base en alguno de los testimonios anteriores. Zugazagoitia aludió incluso a un rumor que se difundió durante estas fechas:

A las batallas de la Sierra... asomaron su curiosidad muchos hombres públicos. La presencia de Casares Quiroga se hizo notar rápidamente y suscitó un justificado temor. Se pensó que el ex presidente del Consejo subía a la Sierra con el deliberado propósito de hacerse matar. No sé si Prieto, que estaba en esa creencia, avisó a los republicanos para que hiciesen desistir a su correligionario de aquellas aproximaciones al frente<sup>103</sup>

Además las publicaciones de IR se encargaban de resaltar la imagen de un Casares combativo y participativo, preocupado en el compromiso de la defensa de la República. Así lo reflejó por ejemplo *Política*, en la reproducción realizada por algún periódico:

El señor Casares Quiroga combate al lado de los elementos republicanos<sup>104</sup>  
En la relación que hace de los combates habidos en la Sierra de Guadarrama, explica que su enviado especial encontró al ex presidente del Consejo señor Casares Quiroga vestido con un traje azul de mecánico, calzado con alpargatas y con un fusil, combatiendo como un simple soldado<sup>105</sup>

De hecho, en todo el verano, y especialmente en los primeros días tras su dimisión, Casares siguió ejerciendo el papel de hombre de confianza de Azaña para el partido. No hubo desconfianza en ese plano, sino todo lo contrario<sup>106</sup>. Casares y Prieto fueron en estos meses los portavoces de sus respectivas formaciones políticas con el Gobierno<sup>107</sup>. Tampoco creemos que hubiera desconfianza en los meses en que Casares había sido Jefe de Gobierno, sino que fueron las críticas circunstanciales las que propiciaron la pérdida de credibilidad de su figura personal hacia el exterior. Es más, su línea de gobierno era necesaria ante la necesidad del apoyo socialista para que perdurara el Gabinete frentepopulista.

---

<sup>102</sup> ‘Los señores Largo Caballero y Casares Quiroga recorren los lugares de combate’; en *La Vanguardia* del 24 de julio de 1936.

<sup>103</sup> Zugazagoitia, J.; (1977), op. cit., p. 122.

<sup>104</sup> *La Vanguardia* del 25 de julio de 1936.

<sup>105</sup> *La Vanguardia* del 26 de julio de 1936.

<sup>106</sup> *ABC* del 30 de julio de 1936.

<sup>107</sup> *Como todas las noches, pasaron la última en el Ministerio de Marina varios ministros y los señores Casares Quiroga y Prieto*; *ABC* del 31 de julio de 1936.

El 1 de octubre de 1936, ya con un Gobierno que reconocía la existencia de una guerra civil de incógnita duración, Casares, como representante de la minoría republicana en las Cortes expresó su adhesión y confianza en el Gabinete de Largo Caballero:

Como recordaba el compañero Díaz, desde el principio, desde el momento en que se forjó el Frente Popular para luchar primero en las elecciones y ahora en las trincheras contra el fascismo, los republicanos han tenido absoluta lealtad con sus pactos. Pero ahora hay una cosa de emoción que nos lleva más allá de la lealtad y de la correspondencia que se debe al pacto; hay una cosa de emoción, de sentimiento, de sublevación, de indignación, que nos lleva a nosotros a decir al Gobierno: Señores del Gobierno, donde estén los republicanos, están los servidores del Gobierno; donde estén los republicanos, están aquellos que seguirán las huellas de aquellos Diputados republicanos, socialistas y obreros de todas clases que han muerto frente al enemigo en la defensa de un ideal; están aquellos que saben en cada momento acomodar sus actos a esta consigna; sumisión consciente, es decir, disciplina absoluta donde el Gobierno nos mande ir, donde el Gobierno nos mande quedar, allí estaremos. Esta es nuestra confianza<sup>108</sup>

A pesar de la imagen difundida de un Casares inerme en la aceptación de sus responsabilidades, depresivo tras su dimisión, hay otros testimonios que abundan en la idea de que es necesario un mayor acercamiento en la investigación de su figura. De que hay circunstancias nunca aclaradas, que siguen siendo oscuras y escasamente entendibles desde una interpretación global del proceso ocurrido aquellas horas. Ya hemos indicado la opinión de Portela Valladares – pocas veces generoso con la figura de Casares- ante el hecho concreto de su dimisión. También es conocida idéntica referencia en este sentido de su hija María Casares en su libro de memorias<sup>109</sup>. Del mismo modo, en una entrevista realizada a su contemporáneo Manuel Iglesias Corral, ex fiscal general de la República y Alcalde de A Coruña durante los años republicanos, afirmaba lo siguiente sobre su figura:

Casares fue un personaje desfigurado históricamente, víctima de tópicos a cual más ignominioso, algunos de ellos adjudicados por sus propios compañeros ideológicos... A los historiadores del futuro les toca situar su figura en sus justos términos<sup>110</sup>

O el historiador José Antonio Durán:

El cese –torpe, nunca bien explicado- de Casares Quiroga en las primeras horas del alzamiento militar, tuvo irreparables consecuencias (para Galicia, en primer lugar). Falto de su consejo y de su amparo, la figura de Azaña fue, desde entonces, la del títere veleidoso y negligente<sup>111</sup>

---

<sup>108</sup> *Diario de Sesiones de las Cortes*, del 1 de octubre de 1936.

<sup>109</sup> Ver Casares, M., (1981), *Residente Privilegiada*, Argos Vergara, Barcelona.

<sup>110</sup> Fernández Santander, C.; (2000), op. cit., p. 335.

<sup>111</sup> *Ídem*, pp. 351-352.

Incluso testigos directos de su actividad durante aquellos meses, como Julián Zugazagoitia:

Las culpas de Azaña, que las ajuste la historia... El proceso de ese delito dogmático tendrá que ser abierto algún día y el propio Casares Quiroga, sobre cuya cabeza se acumularon tantas violencias, podrá proclamar su verdad: 'Resistí lo que pude a una responsabilidad que no me consideraba con suficientes fuerzas para aceptar. Y ni mis protestas, ni mi enfermedad, ni los augurios de tormenta, os indujeron a ser clementes. ¿Cuál es vuestro título de acusadores?' <sup>112</sup>

Lo cierto es que este coro de voces sobre los hechos del 18 de julio que hemos inserto en este trabajo necesita de una puesta al día, de un ejercicio de investigación profundo que atienda a los hechos más que a la repetición cómoda de tópicos. Concluimos con la opinión sobre el tema de uno de los últimos manuales de Historia del siglo XX español, y que resume las ideas principales de esta investigación:

Ante la imposibilidad de un Gobierno de coalición presidido por los socialistas, Azaña recurrió a uno de sus colaboradores más fieles, Santiago Casares Quiroga, que presidió el nuevo Gobierno y asumió también el cargo de ministro de la Guerra... Ha pasado a la posteridad como el Gobierno débil que permitió los conflictos y la violencia política, en vez de reprimirlos, y que tampoco supo parar el golpe militar, responsabilidad que se suele cargar sobre las espaldas de Casares Quiroga. La historia, no obstante, resulta algo más compleja <sup>113</sup>

## **FUENTES UTILIZADAS**

### Hemeroteca

*La Vanguardia*

*ABC* (Madrid)

*La Voz* (Madrid)

*El Financiero*

*El Pueblo Gallego*

*La Libertad*

*El Sol*

*Diario de Sesiones de las Cortes Españolas*

---

<sup>112</sup> Zugazagoitia, J.; (1977), op.cit., p. 145.

<sup>113</sup> Casanova, J.-Gil Andrés, C.; (2010), *Historia de España en el siglo XX*, Ariel, Madrid, pp. 158-159.

## Bibliografía

- Ansó, M.; (1976), *Yo fui Ministro de Negrín*, Planeta, Barcelona.
- Arostegui, J.; (2006), *Por qué el 18 de Julio... y después*, Flor del Viento, Madrid.
- Azaña, M., (1978), *Memorias políticas y de guerra*, Crítica, Barcelona.
- Bowers, C.G., (1966), *Misión en España: en el umbral de la Segunda Guerra Mundial, 1933-1939*, Grijalbo, México.
- Casanova, J.-Gil Andrés, C.; (2010), *Historia de España en el siglo XX*, Ariel, Madrid.
- Casares, M., (1981), *Residente Privilegiada*, Argos Vergara, Barcelona.
- Fernández Santander, C.; (2000), *Casares Quiroga, una pasión republicana*, Ediciós do Castro, Sada.
- González López, E.; (1989), *Memoria de un Diputado de las Cortes de la República (1931-1938)*, Ediciós do Castro, Sada.
- Grandío Seoane, E.; (1999), *Caciquismo e eleccións na Galiza da Segunda República*, A Nosa Terra, Vigo.
- (Ed.), (2006), *Casares Quiroga. Discursos parlamentarios (1931-1936)*, Ediciós do Castro, Sada.
- (Ed.), (2007), *Anos de odio. Golpe militar, guerra e represión na provincia da Coruña (1936-1939)*, Deputación Provincial da Coruña.
- (2013) 'Rumores a gritos: ruido de sables contra el Frente Popular (febrero-mayo 1936)', en Prada, J.- Grandío, E. (coords.), *La Segunda Republica: nuevas miradas, nuevos enfoques*, en Dossier Hispania Nova, Nº 11, Revista Historia Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid (<http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d012.pdf>)
- Martínez Barrio, D.; (1983), *Memorias*, Planeta, Barcelona.
- Martínez Saura, S., (1999), *Memorias del Secretario de Azaña*, Barcelona, Planeta.
- Muñiz, A.; (2009), *Días de horca y cuchillo: Diario 16 de febrero-15 de julio de 1936*, Espuela de Plata, Sevilla.
- Payne, Stanley G.; (2006), *El colapso de la Republica. Los orígenes de la guerra civil (1933-1936)*, La Esfera de los libros, Madrid.
- Portela Valladares, M., (1988), *Dietario de dos guerras*, Alianza Editorial, Madrid.
- (1988), *Memorias*, Alianza Editorial, Madrid.
- Vidarte, J.S.; (1977), *Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español*, Vol. 1, Grijalbo, Barcelona.
- Zugazagoitia, J.; (1977), *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Crítica, Barcelona.